

Demasiadas **MENTIRAS**



Clara Ann Simons

Demasiadas mentiras

Clara Ann Simons

Demasiadas mentiras

Clara Ann Simons

Copyright © 2021 por Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrada el 01/11/2021 con el número **2111019683820**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autor. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es apta para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier personas que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

<http://www.clarasimons.com>

Twitter: @claraannsimons1

Agradecimientos:

Me gustaría agradecer a las autoras Mónica Benítez y Yasmina Soto su continuo apoyo para terminar este libro.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Otros libros de la autora](#)

Capítulo 1

MARTA

—Le has cogido manía a esa pobre chica—me recrimina Olga poniendo los ojos en blanco mientras me quejo de mi compañera de piso.

Dejando escapar un fuerte soplido, desvío la mirada para no tener que aguantar otra vez las mismas tonterías de mi mejor amiga. Es una conversación que hemos mantenido en diversas ocasiones durante las últimas tres semanas, y que me temo que se repetirá en el futuro.

Tampoco es que yo pueda hacer mucho para solucionarlo. Yo sola no me puedo permitir pagar la renta del piso en la zona de Siete Palmas en el que vivo. Si bien es un apartamento pequeñito, de dos habitaciones y un minúsculo salón, los alquileres por esta zona de Las Palmas de Gran Canaria son prohibitivos, al menos para mí y echaría demasiado de menos la terraza que tenemos.

“*Estudia tecnología naval*”, me decían mis padres. Joder, con lo mal que se me daban a mí las matemáticas y la física, no entiendo cómo me terminaron convenciendo para estudiar un grado en ingeniería, y mucho menos en tecnología naval. En la facultad, los profesores repetían como un mantra que había muchos astilleros en España, que no nos faltaría trabajo, que saldríamos colocados antes de terminar la carrera.

Ojalá haberme graduado en la época de los grandes barcos, en los años en los que en España se fabricaban buques como estadios de fútbol y todos los astilleros tenían carga de trabajo. Los pocos veteranos que quedan aún recuerdan esos años con nostalgia y luego, algo llamado Tax Lease dejó de funcionar.

Parece ser que la Unión Europea decidió que el sistema que se utilizaba en España para financiar los barcos era ilegal, y en un lejano 2013, todo empezó a irse a la mierda. Sin ese sistema de financiación, los buques salían más caros y casi todos acabaron construyéndose en otros países.

Mi gozo en un pozo, porque, a día de hoy, muchos de los grandes astilleros del país han cerrado y el número de barcos en fabricación no es ni la sombra de lo que un día fue.

Así que, aquí estoy, con mi flamante título de grado en tecnología naval recién sacado y trabajando en algo que no tiene nada que ver, a la espera de encontrar algún empleo en lo mío. Supongo que como tantos otros jóvenes españoles de mi edad. No es nada fácil tener un trabajo estable antes de cumplir los treinta y muchos de mis compañeros han tenido que buscar trabajo en otros países.

Y ahí es donde entra Claudia, mi compañera de piso. Claudia, que terminará volviéndome loca con el desfile de parejas esporádicas que ha montado en mi piso. Joder, es que esa chica cambia de pareja más que de ropa. No comprendo cómo lo hace porque es bastante normalita. A ver, reconozco que la chica no está mal, pero tampoco se puede decir que sea un bellezón. Aunque quizá es que yo no entiendo de mujeres, porque está claro que para todas las que pasan por su cama debe de estar muy buena.

—Además, las dos sois surferas, ¿no? Ya tenéis algo en común, podéis ir algún día a hacer surf juntas—insiste Olga, incapaz de dejar el tema.

—Te juro que no puedo con ella, Olga—me quejo llevándome las manos a la cabeza—si pudiese pagarme el piso yo sola ya estaba fuera desde hace tiempo.

—Aparte de ser una rompecorazones, ¿tienes algo más en su contra? Porque la tienes súper cruzada y cada semana que pasa va a peor—inquiere Olga elevando las cejas.

—Joder, ¿te parece poco? La muy cabrona se lleva a una tía nueva a la cama cada fin de semana y, por si no lo sabes, eso no es como el sexo con un hombre, que se corre y ya se acaba. Las muy guarras se pueden pasar horas dale que te pego y yo lo tengo que escuchar todo desde la habitación de al lado—gruño enfadada, abriendo las manos.

—Pues vaya suerte que tienen. Te insisto, Marta, además de eso, ¿tienes algo más contra ella?—inquiere Olga—. ¿Por semana está tranquila, al menos?

—Sí, por semana es muy tranquila. Suele ir a la biblioteca a estudiar, por lo visto saca matrículas y todo. Es limpia y cocina muy bien. Incluso ha pagado tres meses de renta por adelantado. Son los fines de semana los que la vuelven loca, bueno y que tiene las hormonas disparadas—me lamento con un nuevo soplido.

—¿No será que le tienes envidia?—bromea Olga ladeando la cabeza.

—¿Envidia? ¿De esa guarra? Ni de coña, ¿por qué iba a tenerle envidia? Lo difícil es tener una pareja formal con la que estés bien, y yo estoy muy bien con mi novio. Encontrar gente para irte a la cama es muy sencillo siempre que no te preocupe coger alguna enfermedad, y está claro que a Claudia no le preocupa—me defiendo, negando con la cabeza antes de tomar un nuevo trago de mi cerveza.

—¿Estás bien con Andrés?

—Joder, ¡claro que estoy bien con él! Llevamos seis años, ¿cómo no iba a estar bien? Hemos hablado un montón de veces sobre irnos a vivir juntos y...

—¿Y por qué no lo hacéis?—interrumpe Olga—. Si tu novio se muda a vivir a tu piso no necesitas a Claudia. No será por dinero porque le va muy bien en el despacho de abogados, ¿no?

—¡Claro que le va bien!—me apresuro a contestar—es posible que le asciendan a socio muy pronto. Sería el socio más joven del despacho.

—Pues entonces no entiendo lo que ocurre, Marta, te lo digo en serio. Lleváis saliendo seis años, según tú, os va de maravilla, los dos tenéis trabajo. Vale que el tuyo sea algo temporal, pero compensa con el suyo que es excelente, por lo que cuentas. Lo lógico sería estar ya viviendo juntos. Pero bueno, quedamos en que no iba a opinar más sobre eso, vosotros sabréis—se disculpa Olga al ver que empiezo a ponerme muy tensa.

Mierda, y es que encima tiene toda la razón. Todo lo que me ha dicho es cierto y lo hemos hablado en tantas ocasiones que ya ni las puedo contar. Andrés siempre me contesta con buenas palabras, pero nunca encuentra el momento adecuado para mudarse conmigo. Lo lógico sería estar ya viviendo juntos, no tengo por qué aguantar a Claudia pudiendo vivir con mi novio. ¡Qué complicadas son las relaciones, joder!

Por supuesto, no lo admitiré. Ni delante de Olga, ni de ninguna de mis amigas. Ni ahora ni nunca. Andrés es el típico tío con el que todas ellas sueñan. Guapo, de buena familia, con un buen trabajo y gran futuro. Viste ropa de marca y conduce un coche caro. Solamente le falta decidirse de una vez a venir a vivir conmigo. No lo entiendo, de verdad que no consigo hacerlo, y últimamente me empieza a causar demasiada ansiedad.

De mañana no puede pasar. Debo ponerme seria y hablar con Andrés de nuestra situación. Esto no me parece lógico, me muero de ganas de vivir junto a él, de empezar nuestra vida en común y, de paso, deshacerme de Claudia y de sus ligues de fin de semana o lo que sean para ella.

Capítulo 2

MARTA

Joder, ¡qué mierda de noche me ha dado la tipa esta! Es que parece que no se cansa nunca. Me tiene desesperada. No he podido pegar ojo. La golfa que ha traído ayer por la noche gritaba como si le estuviesen clavando un cuchillo y me daba igual poner los cascos para dormir que no ponerlos.

Estoy convencida de que lo hace solo por joderme, porque sabe que me molesta. Es imposible que nadie dure tanto en el sexo o que sea tan buena como para hacer gritar de ese modo a su compañera. Es una zorra, así de claro. Una zorra y una guarra.

Hoy mismo voy a hablar con ella y, si no está dispuesta a comportarse como es debido, ya se puede ir buscando otra casa, porque me tiene hasta los ovarios. Tampoco pido que no traiga nunca a nadie a la casa; supongo que la chica tendrá sus necesidades como todo el mundo, pero lo suyo ya no me parece algo normal.

Con la cabeza a punto de estallar, busco la caja de ibuprofeno que guardo en la mesita de noche para este tipo de ocasiones y me dirijo a la ducha. En la habitación de Claudia no se oye ni una mosca, supongo que estarán las dos agotadas de tanto follar y no se despertarán hasta pasada la hora de comer. Mierda, de hoy no pasa, hoy hablo con ella y con Andrés. Me voy a poner muy seria con los dos.

Porque lo de Andrés me está llevando por la calle de la amargura. Llevamos saliendo seis años, y siempre consigue encontrar una forma de darme largas para no mudarse a vivir conmigo.

Mientras me quito el pijama, observo mi cuerpo desnudo en el espejo y, sin querer, lo comparo con el de Claudia. Bueno, tampoco es que la haya visto desnuda, pero sí un montón de veces en ropa interior, porque tiene la costumbre de ir en bragas por la casa. Tampoco me parece una gran maravilla. La chica está bien, pero no es la típica tía que te hace girar la cabeza al cruzarte con ella por la calle. Y tiene las tetas muy pequeñas. No entiendo por qué liga tanto la muy cabrona.

Joder, y Andrés lleva tres semanas sin acostarse conmigo. Coño, a veces pienso que o está con otra o no tiene deseo sexual, porque no sé cómo aguanta, que tiene treinta años. Y entre que yo no tengo sexo y que mi compañera de piso tiene demasiado, a mí me van a volver loca entre los dos.

Abro el grifo de la ducha al máximo para que las gotas caigan con fuerza sobre mi espalda, giro la nuca con pereza y dejo que el ibuprofeno haga su labor para que desaparezca el jodido dolor de cabeza que me está matando. Tratando de borrar de la cabeza mis pensamientos, me estiro como un gato, dejando que vaya pasando el tiempo hasta que empiezo a sentirme mejor.

Envuelta solamente en un albornoz, me dirijo a la cocina dispuesta a ponerme muy seria con Claudia, cuando el olor a café recién hecho y algo preparándose a la plancha llama de inmediato mi atención.

—Te he preparado el desayuno—anuncia Claudia cuando me ve entrar por la puerta.

Me quedo parada unos instantes sin saber muy bien qué decir. Estaba dispuesta a cantarle las cuarenta, pero las dos tostadas con mermelada de fresa que me ha preparado y el café recién hecho me dejan temporalmente sin argumentos.

—¿Ya se ha marchado tu amiguita o sigue durmiendo?—pregunto arqueando las cejas.

—Se ha marchado, tenía prisa. No te hemos despertado por la noche, ¿no? Es que es un poco escandalosa—explica como si fuese la cosa más natural del mundo.

—Apenas me he dado cuenta—miento, aunque lo que de verdad me apetece decirle es que no solo me ha despertado a mí, sino supongo que también a todo el edificio. Menos mal que suele cambiar de pareja, porque nos terminarían echando del apartamento.

Mientras doy buena cuenta del desayuno, Claudia termina de lavar los platos. Eso es algo que voy a echar de menos cuando Andrés se mude a vivir conmigo. Esta chica no tiene problemas para lavar los platos, cocinar para ambas, o incluso planchar la ropa, con la pereza que me da a mí lo de planchar. Suerte que con el dinero que gana mi chico podremos permitirnos a alguien que lo haga por nosotros.

—¿Hoy no tienes que ir a la facultad?—pregunto extrañada de que siga aquí.

—Nos cancelaron la primera clase, el profesor tenía no sé qué reunión con una universidad de México para un programa de movilidad, pero salgo ahora—responde dedicándome una sonrisa antes de dirigirse a su dormitorio a cambiarse.

El detalle del desayuno me ha suavizado un poco. Quizá, lo mejor sea no tener un enfrentamiento directo con ella y, en cuanto convenza a mi novio para que se venga a vivir conmigo, explicarle que debe dejar el piso en un par de semanas porque necesitamos nuestro espacio.

Creo que eso será lo más conveniente, así evito discusiones innecesarias. Claudia parece buena chica, es solo que tiene las hormonas disparadas o quizá que las lesbianas tienen más sexo, no lo sé.

Por la tarde, aprovecho que Claudia se paga sus gastos trabajando de camarera para traer a mi novio a casa. Realmente, es el único sitio en el que podemos quedar, porque todavía vive con sus padres, a pesar de que el dinero que gana le permitiría ser independiente. Espero que eso cambie en breve.

Pensar en la interminable sesión de sexo de mi compañera de piso me ha dejado con muchas ganas. Eso, y que llevo tres semanas teniendo que arreglármelas yo sola, sin mi novio, y el Satisfyer tiene sus limitaciones, así que decido vestirme tan solo con una camiseta que me cubre poco más que las nalgas y no poderme sujetador. Seguramente, una alegría para nuestros cuerpos no nos vendrá nada mal antes de hablar de lo de irnos a vivir juntos.

—¿No querías hablar conmigo de algo muy importante?—se queja Andrés cuando me siento a horcajadas sobre él en el sillón.

—Sí, pero podemos hacer antes un pequeño descanso, mi compañera de piso no volverá hasta las dos—le explico, intentando frotarme con su entrepierna mientras le beso el cuello.

—¿Puedes comportarte como una persona normal, Marta?—se queja mi novio empujando mi cuerpo levemente para que me siente sobre el sillón—. Se supone que tenías que hablar conmigo de algo muy importante.

Su reacción me deja totalmente descolocada. Me siento a su lado en el sofá, comprobando que ni siquiera ha tenido una erección. Al verlo, se me forma un nudo en la garganta, como si una losa presionase mi cuerpo y no me dejase respirar. ¿Qué coño quiere decir con lo de que me comporte como una persona normal? Joder, una persona normal de mi edad hace el amor con su novio a la primera ocasión en que estén solos, sobre todo si llevan tres jodidas semanas sin hacerlo.

Confusa, respiro hondo y sacudo la cabeza, intentando centrarme en el tema principal, antes de volver a tomar la palabra de nuevo.

—Creo que ya va siendo hora de que te mudes a vivir conmigo. Llevamos seis años juntos y los dos trabajamos. Me gustaría despertarme a tu lado cada día e irme a dormir pegada a tu cuerpo. No quiero el tipo de relación que tenemos ahora, que hay semanas que apenas nos vemos, ya es hora de dar el siguiente paso—le explico del tirón, dejando escapar un largo suspiro al terminar.

—Ya sabes que a mí también me gustaría—responde Andrés de manera rutinaria, casi sin mirarme a los ojos.

—¿Entonces cuál es el problema?—inquiero confusa y algo molesta.

—Este piso queda bastante lejos de mi trabajo. Ya sabes que paso muchas horas en el despacho. Si tengo que preparar un caso importante salgo casi de madrugada y me gustaría vivir cerca para no perder el tiempo metido en el coche—explica con una sonrisa que consigue que se me olvide el enfado.

—Muy bien. Mañana mismo empiezo a buscar un piso cerca de tu trabajo y nos mudamos juntos—concedo acariciando su brazo derecho y con el corazón repleto de alegría.

—Ya me encargo yo, tú no hagas nada. En el despacho llevamos a varios clientes que se dedican a la promoción inmobiliaria, puedo conseguir unos precios mucho mejores que los que tú conseguirás y lo podríamos comprar—contesta logrando que mi corazón haga un salto mortal.

—¿Comprariamos nuestro propio piso?—pregunto con incredulidad.

—Por supuesto, cariño. Pero no ahora, cuando consiga que me hagan socio del despacho. Seré el socio más joven de la historia de ese despacho y lo celebraremos comprando nuestro nido de amor—me asegura acariciando mi mejilla con el reverso de su mano.

—¿Cuándo crees que será eso?—pregunto esperanzada.

—Estas cosas nunca se saben, las decisiones en los grandes despachos de abogados siguen caminos complicados. No creo que tarden mucho.

—Y, ¿por qué no te mudas conmigo mientras tanto?—indico inclinándome sobre él para besarle.

—Ya te lo he dicho. Me queda lejos del despacho y la mayor parte de los días salgo muy tarde. No te preocupes que tendrás tu casita. Si eso es lo que quieres, yo te la compro. Cuando me hagan socio ganaré mucho más dinero y, aunque tú tengas un sueldo pequeño, podremos permitirnos una buena casa. Ahora vístete con algo decente y vamos a cenar, que tengo hambre—sentencia sin dar otra opción.

Sin saber muy bien qué pensar, me dirijo a mi dormitorio para ponerme “algo decente” como me ha indicado. El corazón late con fuerza dentro de mi pecho y las ideas se agolpan en mi cabeza. Sin embargo, no consigo borrar de mi mente la sensación de que esta misma historia la hemos repetido ya un millón de veces y lo único que va cambiando es la excusa principal para no irnos a vivir juntos.

Capítulo 3

CLAUDIA

Regreso del trabajo casi a las dos de la madrugada, con solo una idea en mi mente: tirarme en la cama a descansar. Entre lo poco que he dormido la noche anterior y la cantidad de gente que hemos tenido en el bar, estoy hecha polvo y no puedo con el alma.

Tratando de no hacer ruido para no despertar a Marta, dejo los zapatos junto a la puerta de entrada y camino a oscuras y con los pies descalzos por el pasillo, tanteando a ciegas hasta la cocina para beber un vaso de agua antes de irme a dormir. Sin embargo, justo cuando voy a entrar, unos pequeños ruidos, como si fuesen sollozos, casi consiguen que se me pare el corazón.

—¡Joder, Marta! ¡Qué susto me has dado! Pensaba que se había colado alguien en la casa—grito con el corazón en un puño al ver a mi compañera de piso sentada en la mesa de la cocina.

—¿Te ibas a defender con un tenedor?—pregunta sin apenas levantar la mirada

—Yo qué sé. Es lo primero que he encontrado sobre la encimera al escuchar los ruidos. No esperaba que estuvieses aquí totalmente a oscuras, casi me da un infarto—admito, dejando escapar un largo suspiro de alivio y volviendo a colocar el tenedor en la encimera.

Marta ni siquiera contesta, solamente se encoje de hombros sin decir ni una sola palabra, pero la pobre tiene una cara como si la hubiesen estado torturando.

—¿Te pasa algo?—pregunto al observar sus ojos enrojecidos.

—No, nada—contesta de manera críptica.

—Vale.

Decido no seguir preguntando porque lo último que necesito en estos momentos es quedarme despierta, escuchando un drama de niña pija. Seguramente se habrá agotado el último modelito que se quería comprar o cualquier chorrada de esas. Quizá hasta ha reñido con su mamá porque no le envía suficiente dinero para sus gastos y no se ha podido comprar el último traje de neopreno para estar más guapa haciendo surf. Mejor que no quiera hablar, así me voy a la cama y duermo hasta mañana al mediodía.

—Es por mi novio—admite de pronto, justo cuando estoy ya saliendo por la puerta de la cocina en dirección a la cama.

—¿Y eso?—pregunto deteniéndome y dejando escapar un suspiro de resignación.

No me apetece nada hacer de pañuelo para que mi compañera de piso se ponga a llorar a estas horas de la noche, pero al final, voy de dura y soy un cacho de pan. Ya decía mi abuela que tengo que aprender a decir que no, me ahorraría muchos disgustos en la vida. En el fondo, Marta es buena chica. Un poco estirada, muy maniática con sus cosas, pero buena chica. No me da problemas como compañera de piso y el apartamento que compartimos está en una zona que me viene fenomenal para el precio que pago y al lado de la facultad.

—¿Has discutido con tu novio?—inquiero con pocas ganas.

—Me engaña—suelta de pronto, abrazándose a mí y rompiendo a llorar como una magdalena.

Me quedo por unos instantes sin saber muy bien qué hacer. No esperaba que se abrazase a mí y llorase en mi hombro. Mientras cubre mi mejilla derecha con sus lágrimas, me percató de que nunca ha habido ningún tipo de contacto físico entre nosotras. Yo soy muy

besucona y siempre estoy abrazando a la gente, en cambio Marta me parece una de esas personas “*anti touching*” que prefiere mantener las distancias y no están cómodas con el contacto físico.

Acaricio su espalda con suavidad, tratando de calmarla mientras solloza junto a mi oído llenando mi cara de lágrimas saladas que llegan hasta mis labios.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso, es muy jodido cuando descubres que tu pareja te engaña con otra—admito besando su mejilla y limpiando con mi pulgar las lágrimas que ruedan por su cara.

—Bueno, no sé seguro si me engaña o no—aclara encogiéndose de hombros y desviando la mirada.

—Joder, Marta, ¿todo este drama y ni siquiera estás segura?

—Es que se comporta muy extraño. Llevamos saliendo seis años y él tiene un trabajo muy bueno en el que le pagan un buen sueldo. Le he pedido varias veces que empecemos a vivir juntos y siempre me da largas. Es como si prefiriese seguir en casa de sus padres a vivir conmigo—confiesa Marta rompiendo de nuevo a llorar.

Me quedo de piedra con lo que acabo de escuchar, porque si se muda a vivir con su novio, me quedo sin compañera de piso y el contrato de alquiler está a su nombre, seguro que la casera intentará subir la mensualidad. Si se viene un tío a vivir con ella a nuestra casa tampoco me haría ni gota de gracia. El apartamento es pequeño y a mí me gusta ir en bragas por la casa para estar fresca porque pega el sol gran parte del día y hace mucho calor.

—Además de eso, ¿tienes alguna sospecha para decir que te engaña? Porque eso es muy poco—añado pensando que el chico puede ser tan parado como ella.

—No, bueno, últimamente apenas tenemos sexo, pero eso puede ser cualquier cosa.

—Joder, eso sí que me parece muy sospechoso—me apresuro a contestar sin apenas pensar lo que estoy diciendo.

Ante la cara de preocupación de Marta, que empieza a poner un puchero muy mono, matizo mi comentario, suavizándolo y dándole la razón en que puede ser cualquier cosa; estrés, cansancio, insistiendo en que no se preocupe por eso. Aunque, a su edad, me parece muy significativo lo de no tener sexo. Marta debe rondar los 27 o 28 años y su novio supongo que más o menos igual. Puede que yo tenga las hormonas un poco revolucionadas, pero se me hace raro no tener sexo con tu pareja a esas edades.

—Lo que tendrías que hacer es asegurarte antes de lo que estás diciendo y no ponerte así por una mera sospecha—le aseguro con ganas de zanjar la conversación e irme a dormir cuanto antes.

—¿Y cómo me voy a asegurar? No le puedo preguntar.

—No, ¡claro que no le puedes preguntar! Pero le puedes seguir, así es como descubrí yo que mi exnovia me ponía los cuernos con mi prima—respondo recordando lo mal que lo pasé cuando las pillé en plena faena.

—¿Tu novia te engañó con una prima tuya?

—Exnovia y exprima, no quiero saber nada de ellas—aclaro con una mueca de asco.

—¡Qué fuerte!

—¡A mí me lo vas a decir!—reconozco negando con la cabeza—. Bueno, háblalo con la amiga esa tuya que te acompaña a todos los lados, y le montáis una vigilancia a tu novio en plan película. Si te pone los cuernos con alguien, en una semana lo vas a descubrir, solamente ten cuidado de disimular un poco.

—¿Con Olga? ¡Qué va! No puedo. Olga es una dramática, además, lleva fatal lo de las

infidelidades y odia a mi novio. Iría a por Andrés y se encararía con él. Madre mía, ni siquiera le he comentado todo esto, para ella la relación con mi novio es perfecta, va viento en popa—admite entornando los ojos y mirando hacia el techo.

Si antes estaba alucinando un poco, ahora ya no entiendo nada. Se supone que la tal Olga es su mejor amiga y Marta ni siquiera le ha contado que las cosas no van bien entre su novio y ella. Es que me da la impresión de que esta chica vive continuamente instalada en una farsa, intentando aparentar una vida perfecta de cara a la galería sin que a nadie le importe lo más mínimo.

—Mira, yo si quieres te puedo acompañar durante la próxima semana. La tengo bastante tranquila y quizá pueda pedir unos días libres en el trabajo. Tendría que ir a algunas clases en la facultad a las que no puedo faltar, pero quitando eso, puedo acompañarte la mayor parte del tiempo, sobre todo por las mañanas—le aseguro para tranquilizarla en vista de que se le empiezan a escapar las lágrimas de nuevo.

Mientras Marta vuelve a abrazarme y a darme efusivamente las gracias por ayudarla, empiezo a percatarme de la estupidez que acabo de cometer. Una cosa es que tenga tranquila la próxima semana, y otra muy diferente es que me la pueda pasar de espía junto a mi compañera de piso, tratando de pillar infraganti a su novio, que posiblemente ni la está engañando ni nada. Menuda mierda de semana me espera, tendré que aprovechar las noches del viernes y sábado para desmadrarme.

Capítulo 4

CLAUDIA

Al despertarme, me estiro con pereza todavía en la cama, pensando en cómo me voy a librar de la promesa que he hecho el día anterior, todavía sin poder creer que me haya ofrecido para ayudar a Marta a descubrir si su novio le pone los cuernos. Es que a veces soy muy idiota, tengo que aprender a decir que no y a no involucrarme en los problemas de los demás. Joder, con todo lo que tengo que hacer, lo que me faltaba en estos momentos es perder la semana persiguiendo al novio de mi compañera de piso.

La verdad es que me dio un poco de pena verla llorar a oscuras en la cocina en plena noche. No me esperaba encontrarla allí y, seguramente, eso bajó mis barreras y me puso más receptiva. Eso y que el tema de la infidelidad me toca la fibra sensible desde que pillé a mi prima follándose a mi ex. Por el bien de Marta, espero que no sea el caso de su novio, porque se pasa realmente mal.

Y puestos a pensarlo, puede ser cualquier cosa. Vete tú a saber, una vez me dijeron que cuando los tíos ven mucho porno y se masturban con ello, se les quitan las ganas. Quizá sea eso. ¡Qué complicados son los tíos! Para lo que tienen que aportar, no merecen la pena.

Solo espero que, cuando se despierte, Marta no se acuerde de nuestra conversación o, en su defecto, haya recapacitado durante la noche y decidido que es una estupidez ponernos a seguir a su novio.

Tras un largo bostezo, decido hacer un esfuerzo y levantarme de la cama. Los viernes son los días que menos horas tengo en la facultad y puedo holgazanear y recargar las pilas para el fin de semana.

—Buenos días, dormilona—saluda Marta cuando entro en la cocina.

Le dedico una mirada fugaz, asintiendo con la cabeza a modo de saludo. Todavía es temprano, en condiciones normales, un viernes estaría aún durmiendo.

—Tendríamos que hablar de cómo vamos a organizar el seguimiento de mi novio—insiste mi compañera de piso, haciendo realidad el peor de mis temores.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?—contesto sin ganas mientras coloco una cápsula de café fuerte en la cafetera.

—Claudia, no me puedes dejar tirada ahora, por favor, para mí es muy importante.

—No te voy a dejar tirada, tranquila, solo te pregunto—miento, dejando escapar un pequeño suspiro de resignación que espero que no se me haya notado demasiado.

—Voy a cogerte toda la semana de vacaciones para el seguimiento, ¿crees que será suficiente?—pregunta Marta, muy metida en su papel, como si estuviese viviendo en una película de espías.

Solamente puedo encogerme de hombros y explicarle que todo depende de los riesgos que su novio esté asumiendo y las veces que esté quedando con su supuesta amante. Eso, dando por sentado que realmente la esté engañando, que está por ver. Lo que yo tengo muy claro, aunque no se lo digo, es que no puedo dedicar más de una semana a la chorrada esta del juego de los espías, aunque haya sido idea mía.

—¿Por dónde quieres empezar?—pregunta mi compañera de piso como si yo fuese una experta detective.

—En algún sitio he leído que la mayor parte de las infidelidades se cometen en el lugar

de trabajo, podríamos empezar por ahí—contesto sin saber muy bien qué decir.

—Me parece muy buena idea—replica Marta—. Andrés casi nunca habla de su trabajo y nunca hemos quedado con sus compañeros. Eso me mosquea bastante. Lo único que me dice es que le va muy bien y que pronto le ascenderán, pero es como si tuviese miedo de presentarme a sus compañeros. Seguro que se está viendo a escondidas con alguna chica en el despacho de abogados donde trabaja. Alguna secretaria o una pasante jovencita que se quiere aprovechar del próximo socio del despacho.

—Vale, pues empezamos por ahí, si quieres—respondo encogiéndome de hombros.

—Podríamos seguirle desde su casa. Una vez me dijo que entra a trabajar a las nueve, podemos ir a su casa sobre las ocho o un poco antes y seguirle desde ahí, no vaya a ser que quede con alguna chica antes de entrar a trabajar—propone mi compañera de piso arqueando las cejas y con los ojos encendidos.

—No sé si yo tendría muchas ganas de follar antes de entrar a trabajar, pero quizá es que voy siempre con el tiempo justo—admito, poniendo los ojos en blanco al pensar en el madrugón que me espera toda esta semana para nada.

Para estar en casa de su novio a esas horas tendremos que levantarnos antes de las siete de la mañana, posiblemente sobre las seis y media para que nos dé tiempo a ducharnos a ambas y desayunar algo, aunque sea un café bebido. Joder, qué cruz con la chica esta, no sé para qué le he dicho nada.

—Acuérdate de que yo solamente te puedo acompañar por las mañanas, quizá hasta la hora de comer si vemos que podríamos descubrir algo, pero por las tardes debo ir a trabajar—le recuerdo elevando las cejas y decidiendo sobre la marcha no pedir ningún día libre en el trabajo.

—¿No te pueden sustituir durante una semana poniendo copas en ese bar?—insiste ella.

—Ni en broma. Mi jefa es muy seria con los preavisos y los turnos de descanso. Puedo estar contigo de ocho de la mañana a cuatro de la tarde como mucho, a partir de esa hora, te las tienes que arreglar tú sola—le advierto abriendo las manos en señal de disculpa.

Marta inspira profundo y deja escapar el aire poco a poco, quedándose callada durante unos instantes antes de aceptar mis condiciones y recordarme que tenemos que hacer el seguimiento en mi coche para que no nos descubran. Otra complicación adicional por la chorrada esta. Prefiero no pensar en lo que me espera a partir del próximo lunes.

Menos mal que llega el fin de semana y he quedado de nuevo con Candela. No soy muy de repetir, mi hermana tiene un poco de razón cuando me dice que me da pánico comprometerme con alguien, pero es que no quiero que me vuelvan a hacer daño. Duele demasiado y aún me da miedo.

Normalmente, sigo dos reglas con mis relaciones, al menos desde que mi ex me puso los cuernos después de tres años saliendo. La primera es no repetir pareja siempre que sea posible. Les dejo muy claro desde el minuto uno que no quiero nada serio. Yo no sé qué problema tienen parte de las lesbianas con las que he salido que a la segunda cita ya se quieren mudar a tu casa o que te mudes tú a la suya. Pasaré un tiempo hasta que esté preparada para ese tipo de cosas.

La segunda regla es que me saquen al menos cinco años de edad. Prefiero tías un poco más maduras, que sepan lo que quieren, eso ayuda también a que no se cuelguen tan fácilmente de la relación. Sin embargo, en el caso de Candela, bien merece una excepción y me estoy saltando ambas reglas porque el sexo con ella es espectacular. Un poco ruidosa, bueno, mucho, pero espectacular en cualquier caso.

Capítulo 5

CLAUDIA

El fin de semana ha sido bastante agotador. Entre las jornadas de trabajo, poniendo copas en un bar que cada vez está más a tope de gente y las noches con Candela, me han dejado para el arrastre. Así que, cuando suena la alarma del teléfono móvil indicando que tengo que despertarme para perseguir al novio de Marta, casi lo tiro por la ventana.

Mi compañera de piso aporrea la puerta de mi habitación como si la casa estuviese en llamas mientras trato de abrir los ojos con pereza y Candela abre la puerta del dormitorio alarmada por los golpes.

—¡Joder! ¿Puedes vestirme?—grita Marta al ver que la pobre Candela se ha precipitado a abrir la puerta sin ni siquiera ponerse algo de ropa en el cuerpo.

Mi pareja circunstancial del fin de semana me mira con asombro, encogiendo los hombros sin entender nada mientras le explico con prisas que Marta es un poco rarita y está muy estresada, aprovechando para indicarle que tiene que dejar la casa cuanto antes porque nos tenemos que ir.

—¿Esto va a ser siempre así?—grita Marta agitada en cuanto salgo de la ducha.

—¿Qué es lo que va a ser siempre así?

—Lo de los gritos por la noche los fines de semana—aclara mi compañera de piso.

—Candela es un poco ruidosa—respondo entornando los ojos mientras trato de secarme a toda velocidad.

—Joder, ha habido momentos en que no sabía si la estabas follando o matando—se queja ofendida—¿y puedes ponerte algo de ropa?

—Acabo de salir de la ducha y me has seguido hasta mi dormitorio, ¿qué quieres que haga? Sí que te has levantado estresada hoy—le recrimino molesta mientras ella aparta la mirada cuando dejo caer la toalla en el suelo.

Yo no entiendo el problema que tiene esta chica con los cuerpos desnudos. Si va al gimnasio todos los días, supongo que en el vestuario, por mucha privacidad que tengan, se verá algo.

Tomamos el café a toda velocidad, ambas con cara de pocos amigos, mientras Marta mira constantemente el reloj haciéndome señas de que debemos salir por la puerta.

Conduzco el coche medio dormida, con los ojos que se me cierran de sueño en cada semáforo, siguiendo las instrucciones de mi compañera de piso que me hace atravesar la ciudad hacia una zona de chalets carísimos a las afueras del casco urbano.

—¿Es aquí?—pregunto con asombro cuando me ordena detener el vehículo.

El tal Andrés vive en una auténtica mansión. Los altos muros no dejan ver lo que hay en el interior, pero lo poco que se deja ver, parece sacado de una película. Ahora entiendo que quisiera venir en mi coche, porque estamos rodeados de cámaras de seguridad por todas partes. Solo me faltaba ahora que llamen a la policía, porque mi coche tiene ya demasiados años y está totalmente fuera de lugar en este vecindario.

—Si yo viviese en esa casa tampoco me querría mudar—bromeo señalando con la barbilla la mansión de los padres de su novio.

Marta no responde, abre la boca un par de veces como queriendo hablar, sin que las palabras abandonen su garganta, hasta que, de pronto, se queda muy quieta al ver salir a su

novio con una mochila de estudiante al hombro y vestido de manera informal.

—¿Trabaja en vaqueros y con zapatillas de deporte?—pregunto extrañada al esperar verle vestir de traje y corbata.

Mi compañera de piso se encoje de hombros, seguramente tan confusa o más que yo misma, hasta que su novio hace un rápido cambio de dirección y se dirige a grandes zancadas hacia donde está aparcado mi coche.

La cara de pánico de Marta es un auténtico poema y yo empiezo a ponerme muy nerviosa porque está ya a unos pocos metros y, a poco que se fije, nos va a pillar seguro. Sin saber muy bien qué hacer, me abalanzo sobre mi compañera de piso, cubriendo sus mejillas con mis manos y besándola con pasión para que su novio solamente pueda ver a dos tías dándose el lote dentro de un coche y no logre identificarla.

—¿Pero qué coño haces?—protesta Marta apartándome de un empujón en cuanto el tal Andrés se monta en un Mercedes que cuesta el sueldo de varios años de un trabajador normal.

—¿Preferirías que te hubiese pillado?—me quejo arrancando el motor y colocándome detrás de él a una distancia prudencial.

—Joder, pero no hace falta que me comas los morros. Tengo novio—insiste Marta ofendida.

Prefiero no contestarle y dejo escapar un fuerte bufido sacudiendo la cabeza mientras persigo a su novio por media ciudad. Lo cierto es que no se me ocurrió ninguna solución mejor para que no nos pillasen y, una vez superado el desconcierto inicial, el beso no estuvo nada mal. Marta tiene la piel interior de los labios extremadamente suave, nunca había pasado la lengua por una piel tan lisa y, mientras nos besábamos, no pareció haberle importado demasiado. No sé si ella se ha dado cuenta, pero sus pezones marcándose a través de la blusa dejan bastante claro que nuestro beso no debió ser tan malo como quiere aparentar.

MARTA

Apenas puedo dormir en toda la noche. Un duermevela continuo con el nerviosismo de lo de seguir a Andrés al día siguiente y los gritos de la loca esa que Claudia ha vuelto a traer a casa. Joder, es que la gente normal gime, pero ella grita como si le estuviesen clavando un cuchillo.

Miro el reloj una y otra vez hasta que, por fin, es tiempo de levantarse y me doy una ducha de agua muy caliente que me ayuda a relajarme un poco. Para mi desgracia, al salir de la ducha y vestirme, observo que Claudia aún no se ha levantado, así que llamo a la puerta de su dormitorio, quizá con un poco más de fuerza de la necesaria al ver que no me hace caso.

Cuando por fin se abre la puerta, me encuentro a escasos centímetros con el cuerpo de la loca de su pareja, desnuda y sudorosa después de la noche de desenfreno que han tenido las dos hasta altas horas de la madrugada. Algo nerviosa, corro hasta la cocina a preparar unas tostadas, dejando escapar un soplo de alivio al observar que la tal Candela abandona la casa.

El tiempo parece volar y Claudia sigue en el baño, así que, en cuanto la veo salir, corro tras ella para indicarle que se dé prisa, y ahora es mi compañera de piso la que se queda completamente desnuda delante de mí sin el mayor recato. Joder, yo no sé si lo que pretenden estas dos es ponerme nerviosa con tanto cuerpo desnudo, pero lo están consiguiendo. ¡Qué puta manía tienen de desnudarse sin recato!

Cuando por fin llegamos a la casa de los padres de Andrés, en una zona residencial a las afueras de la ciudad, miro el reloj preocupada temiendo que ya haya salido hasta que Claudia me indica que acaba de abrir la puerta de la casa.

Me sorprende verle vestir de manera muy informal. Trabaja en un despacho de abogados de mucho prestigio, llevando los casos de algunas de las personas más influyentes de la isla y siempre he supuesto que vestiría de traje y corbata a diario. Quizá los lunes les permiten vestir de manera informal como hacen algunas empresas americanas, aunque eso suele ser los viernes. No sé, prefiero quitármelo de la cabeza y no darle más importancia hasta que se me hiela la sangre cuando Andrés cambia de dirección dirigiéndose con decisión hacia el lugar en el que estamos aparcadas.

Dejo escapar un suspiro de preocupación y voy a decirle a Claudia que arranque el coche cuando ella se abalanza sobre mí, cubriendo mi cara con las manos y regalándome un pasional beso que me hace temblar. Sin apenas darme cuenta, abro la boca al sentir sus labios y cuando su lengua explora el interior de los míos, mi corazón late tan fuerte que parece que se me va a salir del pecho.

Por fortuna, soy capaz de recuperar la cordura y aparto su cuerpo de un empujón pidiéndole que se comporte. Esta chica debe pensar que todas las mujeres vamos a caer rendidas a sus pies o que somos unas salidas como las que lleva los fines de semana a su dormitorio. Joder, yo tengo novio y soy totalmente hetero, no pienso entrar en sus juegucitos sáficos por mucho que me asegure que lo ha hecho solo para que Andrés no pudiese identificarme, aunque mis manos aún tiemblan recordando ese beso.

Atravesamos la ciudad hasta que Andrés aparca su Mercedes en una zona del centro que no queda cerca de su despacho y entra en un bajo aparentemente con bastante prisa.

—¿Acaba de entrar en un local de apuestas?—inquire Claudia extrañada.

—Seguramente son clientes de su despacho—le disculpo, tratando de no darle mucha importancia.

Sin embargo, Claudia demuestra ser tozuda como una mula, se baja del coche y, ni corta ni perezosa, entra en el local ante mi sorpresa. Joder, para tener solo veintidós años, esta chica está super suelta, porque a mí todavía me daría miedo entrar en un local de apuestas yo sola. No sé el tipo de gente que entrará en esos sitios.

Respiro aliviada al verla salir casi media hora más tarde, esperando que me diga que mi novio se estaba ocupando de algún asunto de importancia con el encargado de la empresa, pero se me hiela la sangre al escucharla cómo me describe que Andrés está allí tranquilamente jugando a las máquinas tragaperras.

—En el tiempo que he estado allí dentro no ha ganado ni una sola vez—afirma Claudia con naturalidad, sin darse cuenta de que está consiguiendo ponerme de los nervios.

Permanecemos aparcadas en el mismo lugar otras dos horas, hasta que Andrés abandona el local y conduce su coche de nuevo hasta la casa de sus padres. Allí permanecemos otras dos horas hasta que Claudia insiste en que, no solo está muerta de hambre, sino que tiene que prepararse para ir a poner copas en el bar al que acude cada tarde.

Pondero la idea de quedarme por mi cuenta a hacer la vigilancia como tenía pensado, pero mi cabreo es tan grande en estos momentos que decido volver a casa con ella. Joder, es que no entiendo nada de nada. Quiero pensar que Andrés hoy tenía el día libre y se le ha olvidado decírmelo. O quizá realmente había entrado en el local de apuestas para hablar con un cliente del despacho y, mientras esperaba, metió algunas monedas en las máquinas tragaperras. Rebusco con desesperación en mi mente una posible explicación sin lograr

encontrarla, y eso es lo que más me cabrea.

A las seis y media de la tarde, ya no puedo más. La cabeza me va a estallar en cualquier momento y ni la pastilla de ibuprofeno que he tomado consigue quitarme el martilleo continuo que golpea mi sien. En un arrebato, decido llamar a mi novio para preguntarle por su día, sé que a estas horas estará muy ocupado en el trabajo, porque siempre me dice que sale tarde cada día, pero necesito escuchar su voz para tranquilizarme. Solamente él puede aportar algo de luz a lo que hemos visto esta mañana.

—Marta, cariño, no puedo hablar, estoy reunido con un cliente—escucho al otro lado de la línea de teléfono.

—Solo quería escuchar tu voz, nada más. ¿Quieres que vayamos a cenar juntos? Te echo de menos—admito con un hilo de voz.

—Lo siento, amor, llevo un día de locos. Desde que he entrado en el despacho a primera hora de la mañana no he podido parar ni para comer. Llevo aquí todo el día y no creo que pueda salir hasta más allá de las once. Los jefes me han dado unos casos muy importantes para ver qué tal los llevo antes de hacerme el socio más joven de la historia del despacho. Ya sabes cómo van estas cosas—miento Andrés sin saber que le hemos estado siguiendo.

Sus palabras son como una daga que atraviesa mi corazón, cada una de sus sílabas un castigo que consigue romperme por dentro. Me quedo callada, sin ser capaz de articular una sola palabra, queriendo decirle que sé que eso es mentira. Sin atreverme a hacerlo.

—Marta, ¿te pasa algo?—inquieta extrañado.

—No, nada.

—Bueno, te dejo que estoy muy liado. Te quiero mucho—insiste Andrés antes de colgar su teléfono, dejándome con el corazón en un puño.

Sin poder replicar, trato de meter aire en mis pulmones que se niegan a cooperar. Tiemblo, las lágrimas brotan en mis ojos de manera incontrolada, rodando por mis mejillas sin que me moleste ni siquiera en secarlas. Me encierro en el dormitorio, dejándome caer sobre la cama, abrazada a la almohada en posición fetal, llorando hasta que me voy quedando dormida.

Capítulo 6

MARTA

Lo de dormir dura poco porque alrededor de las dos de la madrugada me despiertan los ruidos de siempre en la habitación de al lado. Joder, hoy es lunes, se supone que cuando trae a las cochinas de sus amigas son los fines de semana. Lo que me faltaba es no poder dormir tampoco por semana. Esta vez no son los gritos de la última loca ruidosa, más bien escucho los suaves gemidos de Claudia, los mismos que apagó en mis labios cuando me besó en el coche, y eso me pone aún más nerviosa, porque, por mucho que lo intente, no soy capaz de sacar ese beso de mi mente.

Desesperada, me lío a dar golpes en la pared, pidiendo a gritos a Claudia y su amiga que se callen de una jodida vez. No tengo la cabeza en estos momentos como para tonterías, bastante problema tengo ya con mi novio como para escuchar a mi compañera de piso gimieando y follando toda la noche.

Afortunadamente, los gemidos cesan inmediatamente y puedo volver a conciliar el sueño hasta que, a las siete de la mañana, escucho unos nudillos llamando suavemente en la puerta.

—Marta. Tienes que levantarte, son las siete, debemos ir poniéndonos en marcha—susurra Claudia al otro lado de la puerta.

—¡Déjame en paz, joder! No quiero levantarme de la cama—respondo tapándome la cabeza con la almohada.

Lo cierto es que ya no tengo ni una gota de sueño. Con el disgusto, ayer me quedé dormida muy pronto, pero ese disgusto no ha cesado con el descanso, sino más bien todo lo contrario. Ahora mismo no me apetece hacer nada, no quiero salir de la cama, no quiero ni respirar. Que se vaya todo a la mierda; mi novio, mi compañera de piso, mi trabajo, todo. Andrés es un cerdo, no me merezco que me trate de este modo.

—¿Se puede saber lo que te pasa?—inquire Claudia extrañada.

—Me pasa que mi novio me engaña, eso es lo que ocurre. Que es todo una mierda, ya no necesito seguirle, ahora lo sé—me quejo dando un fuerte puñetazo en el colchón.

—Vale, voy a entrar porque no entiendo nada—anuncia Claudia abriendo la puerta con precaución.

Al entrar en mi dormitorio se acerca con pequeños pasos hasta mi cama y se sienta a mi lado, ladeando la cabeza y observándome sin decir ni una palabra.

—¿Ya se ha largado tu amiguita?

—Sí, siento si hemos hecho mucho ruido—se disculpa Claudia con un hilo de voz.

—Y yo siento haberte gritado, tampoco era para tanto—admito encogiéndome de hombros—es que estoy destrozada.

Tras acabar la frase, rompo otra vez a llorar y, cuando Claudia seca las lágrimas que ruedan por mi mejilla con su dedo pulgar, no puedo evitar abrazarme a ella para seguir llorando con la cara escondida en su cuello.

—¿Por qué sabes que te engaña?—pregunta con miedo mi compañera de piso.

—Ayer le llamé por teléfono a las siete. Quería creer que habría una explicación coherente para que no hubiese acudido a su trabajo. Le propuse salir a cenar juntos y el muy cabrón me dijo que llevaba todo el día trabajando en su despacho sin ni siquiera salir a

comer. Es un puto cerdo—me quejo rompiendo de nuevo a llorar.

—Joder, vale, pero te engaña con lo de su trabajo, o al menos ayer lo ha hecho. Sin embargo, no sabemos si está con otra mujer o no, o con otro hombre. A saber las razones que tendría para no ir a trabajar, quizá tuviese el día libre o algo. Lo único que sabemos es que estuvo en el local de apuestas y luego se fue a casa de sus padres, no ha estado con ninguna otra mujer. Deberíamos volver a seguirle—insiste Claudia peinando mi pelo entre sus dedos.

—Déjalo, ya es muy tarde.

—No es tarde. Podemos incluso ir directamente a la sala de apuestas para descartar que esté allí de nuevo. Para eso tenemos tiempo de sobra. Si no está allí te invito a desayunar y luego ya vamos viendo cómo montamos nuestro dispositivo de vigilancia—añade con seguridad, colocando su frente sobre la mía.

—Dispositivo de vigilancia. Suenas como una policía o como la agente del FBI de ese libro que estás leyendo—sonríe meneando la cabeza.

—Al menos te has reído un poco. ¿Vamos?—pregunta Claudia besando cariñosamente mi mejilla y arrancándome un suspiro.

Le pido que me espere fuera unos instantes mientras me cambio de ropa y en pocos minutos estamos de camino en su coche hacia el local de apuestas en el que Andrés se pasó ayer toda la mañana.

—En el fondo, no sé si quiero encontrármelo allí o no. Me daría mucha rabia que me engañe, pero prefiero que lo haga con el juego, prefiero competir con una máquina tragaperras que con una mujer—admito mientras estamos aparcando el coche.

—Un engaño es un engaño. No estaría bien en ninguno de los dos casos—apunta Claudia—aunque puestos a elegir, yo también preferiría que me engañasen con un problema de ludopatía que con una mujer.

Al igual que hizo el día anterior, Claudia decide meterse directamente en el local de apuestas, donde pasa treinta minutos que a mí se me hacen eternos.

—¡He ganado cien euros!—grita muerta de risa cuando sale del local.

—¡Joder, Claudia! ¿Has ido al sitio ese a ver si estaba Andrés o a jugar?—replico enfadada, nerviosa porque me diga de una vez si mi novio se encuentra allí o no.

—Está allí—responde con sequedad.

—¿Reunido con alguien?

—Sí, reunido con una máquina tragaperras y perdiendo dinero a paladas igual que hizo ayer—contesta Claudia sacudiendo la cabeza y dejando escapar un pequeño soplando.

—Mierda, joder—exclamo desesperada, sin saber ya qué pensar.

La situación me está superando por completo. Encontrarle un día en una sala de juegos en vez de en su trabajo puede pasar, podrían ser mil cosas. El hecho de que me mintiese sobre ello no me gusta en absoluto, pero, pese al disgusto, estaría dispuesta a dejarlo pasar. Sin embargo, hoy vuelve a estar allí y no lo entiendo.

—No te comas la cabeza de ese modo—susurra Claudia cogiendo mi mano izquierda entre las suyas.

Mientras acaricia el reverso de mi mano con su dedo pulgar, mi corazón empieza a latir con más fuerza de la necesaria. Comienzo a sentir cosas que no deberían estar ahí. No solo es la paz y tranquilidad que consigue transmitirme en una situación tan complicada, es algo más. Algo que no entiendo. Un cosquilleo en la parte baja de mi vientre, una leve opresión en el pecho, sensaciones que hacía mucho tiempo que estaban escondidas y que ahora salen

a la luz. Sensaciones que deberían salir con Andrés, pero que ya hace tiempo que no salen. Tengo novio, no debería sentir las con otra persona, y mucho menos con una mujer.

No sé el tiempo que estaríamos de ese modo; en silencio, las dos sentadas en el coche, con Claudia transmitiéndome más con una simple caricia que con un millón de palabras, pero no me importaría que hubiese durado para siempre.

Cierro los ojos y ladeo mi cuello, dejándolo caer instintivamente hacia el lado de mi compañera de piso, sintiendo cómo ella se acerca más a mí, empezando a percibir el calor de su cuerpo junto al mío, su respiración. Ansiando volver a sentir sus labios en mi boca, aun sabiendo que eso debería estar prohibido para mí.

—¡Joder!

El teléfono de Claudia suena justo en ese momento y ambas nos separamos como dos adolescentes que acaban de ser pilladas por su padre, conscientes de lo que podría haber pasado. Mi corazón late con tanta fuerza que me sorprende que Andrés no lo pueda escuchar desde el local de apuestas, aunque he de reconocer que el teléfono me ha salvado de cometer una estupidez. No sé en qué coño estaba pensando, pero en esos momentos deseaba con todo mi ser sentir los suaves labios de Claudia en los míos.

Ella simplemente cuelga la llamada con cara de mala leche y no dice nada. No sé si ha sentido lo mismo que yo o para Claudia simplemente es un juego. Una vez escuché a una amiga decir alarmada que a las lesbianas les gusta convertir a heteros, al parecer lo había leído por internet. Lo cierto es que se ha quedado callada, su mirada fija en el horizonte, su pecho hinchándose en cada respiración y hasta diría que una pequeña y solitaria lágrima asoma en sus ojos.

—¿No lo vas a coger?—pregunto extrañada al observar que es la tercera vez que suena el teléfono y ella simplemente cuelga la llamada ignorándolo.

Claudia no contesta, ni siquiera un monosílabo. Niega con la cabeza desviando de nuevo la mirada para no encontrarse con mis ojos y mordiendo su labio inferior. Es la primera vez que la estoy viendo sufrir por algo. No sé quién está llamando, aunque ver su nombre en la pantalla le está doliendo. Siempre había mostrado una imagen despreocupada. Daba la impresión de ser una tía que solo vive para pasarlo bien, una niña volcada en el sexo y la noche, la típica que huye de cualquier relación seria como de la peste.

En cambio, ahora estoy viendo a una Claudia vulnerable, a una Claudia sensible. Una mujer muy diferente a la rompecorazones despreocupada que he visto siempre en ella. Y, joder, esa nueva versión de mi compañera de piso me encanta.

Capítulo 7

MARTA

Por la tarde, cuando Claudia se despide de mí para irse a la facultad, decido no hacer por mi cuenta el seguimiento de Andrés. Estoy cansada, frustrada, dolorida. Necesito tomarme una tarde para mí misma como el propio aire que respiro, dedicarme a cuidarme un poco, porque sí, porque me lo merezco y ya está.

—Joder, no me lo puedo creer—exclama mi amiga Olga llevándose una mano a la frente en cuanto le cuento mis investigaciones.

A base de insistir, Olga me ha convencido para ir con ella a un Spa urbano. Dice que es lo mejor para que me relaje, aunque desde que hemos entrado en la sauna no sé si me estoy relajando o es mucho peor. Comienzo a temer por mi vida pensando que me va a dar un infarto en cualquier momento con tanto calor.

—Si quieres que te lo cuente, salgamos de aquí—insisto sin poder aguantar ni un minuto más.

Ya fuera de la sauna, mientras nos relajamos las dos en un pequeño Jacuzzi, le relato con todo detalle cómo he montado un dispositivo de vigilancia con mi compañera de piso y hemos seguido a Andrés hasta la sala de apuestas. Menciono también cómo el día anterior le llamé por teléfono para ir a cenar y me mintió diciendo que había estado todo el día en el despacho cargado de trabajo y cómo hoy nos lo habíamos vuelto a encontrar jugando a las tragaperras.

—Joder, Marta, lo que me estás contando es muy fuerte. Tienes que hablar con él cuanto antes, debes pedirle explicaciones y ponerte seria de una vez por todas—expone Olga mirándome fijamente.

—Tampoco puedo decirle que le he seguido, aunque empiezo a pensar que no es la única mentira que me ha dicho desde que estamos saliendo—reconozco, bajando la mirada avergonzada.

—No sería de extrañar, si te ha mentado en esto, te mentará en más cosas—concede ella encogiéndose de hombros.

—Supongo. Es como su reticencia a mudarse a vivir conmigo. No tiene ningún sentido, pero ahora que he descubierto sus primeras mentiras, las piezas empiezan a encajar. De verdad, ya no sé qué pensar de Andrés.

—Demasiadas mentiras. Debes hablar con él—insiste Olga asintiendo con la cabeza.

—Ahora mismo estoy cansada, Olga, no me apetece ponerme a discutir con Andrés. Me ha hecho muchísimo daño descubrir que me mentía, pero no sé cómo seguir adelante o si deseo hacerlo—confieso, dejando escapar un suspiro.

—Al final tu compañera de piso va a ser maja y todo—exclama Olga alzando las cejas.

—Es súper maja—me apresuro a contestar, sin apenas dejar que termine la frase—. Debajo de esa imagen de rompecorazones hay una chica maravillosa, tremendamente madura para su edad y muy resuelta e inteligente.

—Joder, menos mal que no es un tío, si no me preocuparía que hubiese algo entre vosotros—bromea Olga, salpicándome con la mano.

—Bueno...

—¿Cómo que bueno? Ostras, no me digas que te ha convertido en bisexual—pregunta, abriendo los ojos como platos.

—¿Quieres bajar la voz, por favor? Y Claudia no es un vampiro para ir convirtiendo a la gente en nada. Solamente te digo que es una chica sensible e inteligente. Casi me jode más ver cómo desperdicia su vida buscando únicamente sexo y cambiando continuamente de pareja que la mentira de Andrés—confieso con una mueca de disgusto.

—¿Te acabas de escuchar?

—Sí—admito desviando la mirada para no encontrarme con los ojos inquisitivos de mi amiga.

—Joder, es que esa chica te gusta de verdad. No me lo puedo creer. Marta, la defensora del matrimonio tradicional. Uy, uy, uy...

Prefiero no contestar y trato de desviar la conversación como puedo para no seguir con el tema, aunque yo misma me empiezo a dar cuenta de que lo que acaba de decir Olga es cierto. En estos dos últimos días he empezado a mirar a Claudia bajo otra luz totalmente diferente, descubriendo, poco a poco, a una chica maravillosa.

Ayer por la noche, cuando grité para que se callaran mientras hacía el amor con su pareja, no era un problema de que me molestaran sus suaves gemidos, creo que sentí algo de celos.

Trato de borrar esa idea de mi cabeza, porque no tiene sentido que sienta celos de nadie, lo que debo hacer es solucionar el problema con mi novio o bien dejarlo y buscarme a otro. Sin embargo, escuchar sus gemidos no me molestó, creo que me excitó y eso es lo que me puso de mala leche porque no he sabido cómo reaccionar.

Me da tanta rabia que se cierre al amor, que se esconda tras relaciones esporádicas buscando solamente sexo. Han debido hacerle mucho daño para que esté actuando de este modo, porque me niego a pensar que ella no quiera llegar a algo más con alguien.

—Dime una cosa, y no me mientas. ¿Habéis hecho algo?—pregunta de pronto Olga, sacándome de mis pensamientos de manera abrupta.

—¿A qué te refieres?

—Joder, ya sabes a qué me refiero—insiste mi amiga acercándose a mí y poniéndose a centímetros de mi cara.

—Un beso y un casi beso—admito mirando alrededor por si alguien pudiese escucharnos.

—¿Os habéis besado?

—Lo del beso fue solamente casualidad. Andrés se dirigía hacia nosotras y a Claudia no se le ocurrió mejor forma de esconderme que abalanzarse sobre mí y besarme para que no me pudiese reconocer—me apresuro a aclarar.

—¿Y qué tal?

—El beso bien, pero el casi beso fue infinitamente mejor, incluso si no llegamos a hacer nada. Cogió mi mano entre las suyas para consolarme y te juro que en esos momentos me hubiese dejado hacer lo que ella quisiera. No entiendo lo que me ocurrió, pero el corazón me latía tan fuerte que llegué a pensar que tendría un infarto—confieso solicitando que no se lo diga a nadie, ni siquiera bajo tortura.

—¡Joder!

—¿Joder, qué, Olga? No pasó nada. Fue solo un momento de debilidad, seguramente fruto del enfado que tenía con lo de Andrés. Me pilló con las defensas bajadas, vulnerable. No lo sé. No significa nada, ni tiene por qué volver a ocurrir. Afortunadamente no llegamos a hacer nada porque justo en ese momento recibió una llamada telefónica. Lo mejor es olvidarse de ello y está. Las dos—insisto mirándola fijamente a los ojos.

Mientras conduzco hacia mi casa me asaltan pensamientos tontos. Me rio sola, recordando la manía que tiene Claudia de andar en bragas por la casa los meses que hace calor, o cuando se pone a bailar en cuanto escucha una canción que le gusta. Recuerdo cómo la cara se le llena de harina al preparar esa fabulosa masa para la pizza o su forma de sonreír al darme lo buenos días.

Pequeños detalles sin importancia en los que creí que nunca había reparado pero que ahora me doy cuenta de que estaban guardados en mi subconsciente. Pequeños y maravillosos detalles que consiguen que empiece a cogerle cariño.

Capítulo 8

MARTA

Al llegar a casa, no puedo evitar sacudir la cabeza y soltar una pequeña carcajada. Claudia está limpiando la cocina con los cascos puestos a todo volumen e intenta cantar, en su inglés macarrónico, una canción de AD/DC. Joder, suena horrible, lo de cantar no es lo suyo, pero ese aire desenfadado y feliz me encanta.

No sé qué hace en casa porque a esta hora tendría que estar trabajando, pero bueno, si se ha puesto a limpiar la cocina bienvenido sea, porque esta semana me tocaba hacerlo a mí y he ido posponiéndolo por falta de ganas.

—¿Qué haces en casa?—inquiero, alzando la voz para que me escuche.

—¿Qué?

—¡Apaga eso! Te pregunto que por qué estás en casa a estas horas—grito, haciéndole señas para que baje el volumen de los auriculares.

—Hoy no curro—responde con naturalidad.

—¿Y eso?—pregunto con extrañeza.

—La policía ha precintado el local—explica encogiéndose de hombros.

A continuación, me relata las distintas irregularidades que estaban cometiendo mientras me informa que tendrá el resto de la semana libre hasta que los dueños del bar aclaren las cosas y paguen la multa.

—Trabajo en un local un poco chungo, pero de algo tengo que trabajar hasta que me saque la carrera—añade ante la cara de asombro que estoy poniendo.

—¿Quieres que salgamos a cenar esta noche? Te invito—le pregunto suponiendo que no tenemos nada para la cena.

—He preparado unas croquetas. Cuando estoy aburrida me da por cocinar o limpiar—anuncia señalando un táper hasta arriba de comida.

Su plan me convence bastante, Claudia es una excelente cocinera, aunque no se prodiga demasiado; entre el trabajo, la facultad y sus ligues, no le queda mucho tiempo para cocinar. Sacando un par de platos del armario de la cocina, voy colocando la mesa mientras ella calienta el aceite.

—¿Me estabas mirando las tetas?—pregunta de pronto, poniéndome muy nerviosa.

—No.

—Sí que lo estabas haciendo—insiste con el rostro serio.

—No te miraba, joder, es que vas por la casa con una camiseta amplia y sin sujetador—me defiendo apartando la mirada.

—Era broma, tonta, puedes mirar todo lo que quieras, como si a mí me importase—bromea dejando escapar una amplia sonrisa.

—A veces pienso que no solo no te importa sino que te gusta que lo haga—replico, pensando en la manía que tiene de ir medio desnuda por la casa o no cerrar la puerta de su dormitorio mientras se cambia.

—Soy un poco exhibicionista—contesta riendo—y me encanta provocar a las tías hetero. ¿Te gusta lo que has visto?

—Me ha gustado mucho—respondo muy seria.

Claudia traga saliva y no dice nada, simplemente arquea las cejas mordiendo su labio

inferior antes de seguir friendo las croquetas en la sartén.

Joder, me ha dejado el corazón a cien por hora. Esta vez ha sido ella la que se ha quedado sin palabras y, con la seguridad que normalmente exhibe, eso ya es mucho. Sin embargo, yo estoy temblando hasta el punto en que me tengo que sentar a la mesa esperando que Claudia termine de cocinar. Lo cierto es que sí la estaba mirando, y sí me gustaba lo que veía, pero era solo curiosidad. Reconozco que tiene muy buen cuerpo, al fin y al cabo son veintidós años, aunque se lo tiene un poco creído.

Devoramos las croquetas en silencio. Están deliciosas, no me importaría bajarle el alquiler a cambio de que cocinase croquetas un par de veces por semana porque no me cansaría nunca de ellas.

—¿Vas a abandonar lo de la vigilancia a tu novio?—pregunta Claudia de pronto.

—No lo sé, es posible. ¿Tú qué harías?—inquiero mirándola fijamente a los ojos.

—Si tuviese que apostar, me jugaría el cuello a que no te engaña con otra. Eso sí, engañarte te está engañando, porque no creo que ni siquiera tenga trabajo—explica encogiéndose de hombros.

—¿Tú crees?

—Me jugaría la vida, que es lo que tengo más a mano. Tu chico vive del cuento, bueno, del cuento no, del dinero de sus padres y no da palo al agua. Es un vago redomado que te está vacilando con lo del despacho de abogados ese, cuando se dedica a holgazanear todo el día, aunque si sus padres se lo permiten a su edad...—aclara con un gesto de asco.

—¿Qué piensas que debo hacer?—pregunto con curiosidad.

—Eso es algo muy personal. Para mí, un engaño es un engaño y yo no lo haría nunca. Puede haber engaños pequeños y engaños grandes, pero todos son engaños al final. Aunque bueno, yo reconozco que soy muy paranoica con ese tipo de cosas. En cualquier caso, yo no seguiría junto a alguien que me miente—asegura cogiendo una de mis manos entre las suyas.

Al sentir la suave piel de sus dedos acariciar el reverso de mi mano mi corazón se salta varios latidos. Sonrío sin poder apartar la mirada de sus preciosos ojos verdes, pensando en el gesto tan bonito que tiene cogiendo mi mano cuando quiere tranquilizarme. Un gesto que no sé si es consciente de ello, pero transmite energía y ternura al mismo tiempo hasta el punto de hacerme temblar.

—¿Pasa algo? Te has quedado mirándome como absorta—apunta, apretando mi mano.

—Nada, creo que tienes razón. Un engaño es un engaño y no quiero mentiras en mi vida—me apresuro a contestar.

Volvemos a quedarnos calladas, pero ninguna de las dos quiere soltar la mano de la otra, lo que empieza a ponerme un poco nerviosa. Joder, estoy cenando croquetas en la cocina con mi compañera de piso y por momentos parece que me encuentro en una cena romántica en un restaurante de lujo. Mi situación con Andrés me está desquiciando un poco.

—¿Puedo preguntarte algo?—inquiero, tratando de distraer mi mente hacia otros temas.

—Claro.

—Ayer en el coche, alguien te llamó varias veces y pusiste cara de mala leche al ver el número en la pantalla del móvil.

—Era mi ex, sigue llamando de vez en cuando para darme una explicación. Insiste en que ha cambiado y que lo de follar con mi prima fue un error—explica Claudia con un claro gesto de dolor.

—¿Le darías otra oportunidad?

—No—contesta rotunda—. Estaba muy colgada de esa chica, convencida de que era mi alma gemela. Sin embargo, no puedo perdonar un engaño de ese tipo, ni el daño que me ha hecho. Me rompió el corazón en mil pedazos, no te puedes ni imaginar lo que he sufrido.

—¿Por eso le tienes miedo al amor?

Claudia me mira fijamente y abre la boca un par de veces, como queriendo decir algo sin que las palabras logren salir de su garganta. Sus preciosos ojos verdosos se han cubierto de una fina capa de humedad y ahora soy yo la que aprieta su mano entre las mías sintiendo el sufrimiento en su interior.

—¿Sabes qué? Creo que a las dos nos vendría bien una noche de chicas. Si no hacemos vigilancia, mañana no hay necesidad de madrugar. Te enseñaré la noche de verdad, no los sitios aburridos a los que vas con tus amigas o tu novio—anuncia de pronto, recuperando la sonrisa.

—Creo que paso—me apresuro a contestar—. Me dejarías tirada en la barra en cuanto se cruce la primera chica que se fije en tus ojitos verdes.

—Eso es que tú ya lo has hecho—me interrumpe con un seductor guiño de ojo.

—¡Qué idiota eres, Claudia! Y una creída, además. Sabes que tienes unos ojos muy bonitos, pero no me vas a impresionar con ellos—le aseguro negando con la cabeza.

—Esta noche es solo para nosotras dos, lo pasaremos bien. Te prometo que ni siquiera miraré a otras chicas—replica ladeando la cabeza.

—¿Crees que encajaré en un bar de universitarios? Porque no encontraremos mucha gente de mi edad un martes por la noche, tenemos la fea costumbre de trabajar por semana. Estará lleno de yogurinas como tú—bromeo, pensando en que no nos movemos por los mismos locales.

—¿Me dejas que elija tu ropa?—pregunta Claudia en una voz tan sensual que hace que mis piernas tiemblen.

Solamente puedo acceder, cerrando los ojos y dejándome llevar de la mano a mi dormitorio. Allí, Claudia rebusca en mi armario hasta encontrar una ropa mucho más informal de lo que yo suelo llevar, aunque ella me asegura que estoy perfecta. Lo cierto es que el espejo me devuelve la imagen de una mujer llena de energía y no la muerta viviente que he sido en estos últimos días.

Hace mucho tiempo que no salgo por la noche sin mi novio, y las veces que lo hago con mi pandilla de amigas, volvemos a casa pronto, tras tomar una copa después de ir a cenar. Sé que con Claudia será diferente y eso me pone al mismo tiempo nerviosa y me alegra. Sus ojos se han vuelto a iluminar y reconozco que cada vez que siento el tacto de sus manos sobre mi piel me recorre un cosquilleo difícil de explicar.

Capítulo 9

CLAUDIA

Elijo para Marta una ropa mucho más juvenil que la que suele ponerse. Tiene el armario lleno de prendas muy bonitas y siempre viste aburrido, como si estuviese a punto de entrar en una reunión de negocios o no quisiera que nadie se fije en ella.

Me hace gracia que haga referencia a la edad que me saca, cuando solamente es seis años mayor que yo. Prefiero no comentarle nada sobre mi regla de los cinco años, porque no quiero que se asuste y se piense que le estoy tirando los tejos, pero lo normal es que todas las mujeres que me llevo a la cama tengan su edad o incluso algún año más. Me parecen más maduras y suelen tener más claro lo que quieren.

A mi edad, media facultad dice que es bisexual y tengo un montón de gente queriendo probar para luego echarse atrás en el mejor momento y me joden la noche. Además, estoy ya muy cansada de los rollos rápidos encerrada en los baños de algún pub, llenas de sudor y siempre con el oído puesto por si llega alguien. Joder, por algo tengo piso desde los veinte, mi trabajo me cuesta poder pagarlo.

Decido llevarla a un bar en el que sé que estaremos bastante tranquilas. Dos de las camareras son amigas mías y me encontraré con gente conocida, aunque al menos sé que es un bar tranquilo en el que será más fácil que se suelte un poco.

A la segunda cerveza, Marta ya parece otra persona, mucho más relajada y distendida. A la tercera, empieza a contarme con pelos y señales la relación con su novio.

—La última vez que estuvo en casa ni siquiera se le puso dura—confiesa tapándose la cara con las manos.

Por más que le digo una y otra vez que eso ha podido ser cualquier cosa y que no hemos conseguido pillarle en ningún momento con otra mujer, Marta insiste en que tiene que estar con alguien.

—¿Cómo os habéis conocido?—pregunto para desviar la conversación intentando que salga del bucle en el que parece metida.

—Yo estaba en cuarto de carrera y le conocí en una fiesta. Llegó en un Porche negro, vestido de punta en blanco y todas las chicas se morían por sus huesos. Estuvimos hablando, me dijo que su familia conocía a altos cargos de navieras y astilleros que me podrían colocar al terminar la facultad y me acabó liando—expone Marta encogiéndose de hombros.

—Por “te acabó liando” quieres decir...

—Que me acabó llevando a la cama esa misma noche—admite ella bajando la mirada.

—Así que lleváis unos seis años juntos, aunque por lo que veo todavía no te ha presentado a los amigos de su familia en navieras y astilleros—ironizo, arrepintiéndome de inmediato de haber sido algo cruel.

—Ni prácticamente a su familia tampoco. Sé dónde vive por alguna fiesta que ha dado allí, pero nunca me ha llevado a su casa nosotros dos solos. A sus padres los he visto dos veces de casualidad—confiesa algo nerviosa.

—Es extraño que en seis años no hayan querido quedar con la novia de su hijo—apunto arqueando las cejas.

—La última vez fue hace ya tres años, pero en ambas me presentó como a una amiga.

—¡Joder!—interrumpo, negando con la cabeza.

—Joder, ¿qué?

—Nada, no te pongas a la defensiva. No voy a juzgar lo que haces con tu vida, cada persona es libre de hacer lo que quiera—me disculpo abriendo las manos en son de paz.

Lo cierto es que, por la cara que ha puesto y por sus gestos, creo que ella misma se ha dado cuenta de que su supuesto novio está nada más que jugando. No me parece que quiera nada serio todavía, al menos no tan serio como Marta piensa que es su relación.

—Quedamos casi todas las semanas para cenar o viene a mi casa. Acudimos a fiestas. Con sus amigos siempre me presenta como a su novia, así que no te montes teorías paranoicas porque a todos los efectos somos una pareja—suelta Marta del tirón, muy nerviosa.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—A ver, ilumíname con tus teorías—responde mi compañera de piso un poco borde.

—Creo que es el típico tío que tiene complejo de Peter Pan. Está muy bien en casita con sus padres, seguro que está enamorado y le tratan muy bien en su casa. Tiene una novia porque hay que tenerla, porque es lo que se espera de él, pero no quiere comprometerse. Es un ejemplo de libro—le explico alzando las cejas y negando con la cabeza.

—Ya, de lo de no querer comprometerte sabes mucho, ¿no?

—Yo se lo dejo claro a mis parejas desde el principio. Las dos sabemos a lo que vamos y somos conscientes de que, en condiciones normales, no se repetirá. Ambas conocemos las reglas del juego y no hay engaños—replico, explicándole que la situación es muy diferente.

Lo cierto es que lo único que tengo en común con su novio es el miedo a comprometerme. Todo lo demás es distinto, incluso el motivo para no comprometerme es el opuesto. Yo intento protegerme para que no me vuelvan a hacer daño, levanto un muro alrededor de mi corazón. Soy consciente de que, en el fondo, soy muy enamoradiza y si empiezo a salir con alguien me quedo muy colgada. Eso me expone demasiado a que me hagan daño y, de momento, no quiero que me lo vuelvan a hacer. Bastante mal ha salido la cosa con mi ex.

En el caso de su novio, es lo contrario. Él está muy bien en casita con sus padres. Quiere una novia que no le cause molestias y cuanto menos cambie de pareja, más cómodo para él. Por otro lado, yo he salido de casa de mis padres en cuanto he tenido ocasión, buscándome la vida como he podido. Su novio no quiere salir. Me da rabia por Marta, no ve lo que ocurre. Yo nunca me portaría así con ella.

MARTA

Claudia me lleva a un bar muy agradable y, en cuanto tomo un par de cervezas, empezamos a hablar de todo un poco. Es una persona súper madura para su edad, se le nota que lleva desde los veinte años fuera de casa, trabajando mientras estudia y viviendo por su cuenta. Me dan mucha pena sus continuos cambios de pareja, porque se está echando a perder.

A la tercera cerveza le confieso, sin venir a cuento, que me fui a la cama con Andrés en la primera cita, aunque teniendo en cuenta que Claudia siempre hace justamente eso, supongo que no tiene mucha importancia.

Lo que más me jode es que mientras hablamos de mi relación con Andrés, me voy dando cuenta de lo superficial que es en el fondo. Llevamos seis años juntos y apenas conozco nada de su vida. Vale que estoy completamente integrada en su grupo de amigos, pero las veces que he estado en su casa han sido solamente para acudir a fiestas, nunca hemos estado

a solas ni me ha llevado a cenar con sus padres.

Me duele tanto escucharme a mí misma que no puedo evitar ponerme a la defensiva y, en cuanto comienza a decir que Andrés tiene complejo de Peter Pan y que no quiere salir de la casa de sus padres por comodidad, se me forma un nudo en el estómago. Acabo atacando a la pobre Claudia, diciéndole que tiene miedo a comprometerse, cuando sé que es algo que le duele aunque no diga nada. Es su punto débil si bien no quiere reconocerlo.

—¿Vamos a otro sitio?—propone Claudia, seguramente intentando cambiar de conversación.

Antes de que me quiera dar cuenta, estoy bailando en medio de la pista de una discoteca rodeada de universitarios. Claudia mueve su cuerpo con una sensualidad sublime; baila alzando los brazos por encima de la cabeza, con un ritmo que fluye con tal perfección que no parece hecha de carne y hueso, sino de algún tipo de aleación semi líquida.

Cierra los ojos y se deja llevar por la música, sin darse cuenta de que, sin pretenderlo, atrae las miradas de hombres y mujeres por igual deseando su cuerpo y vuelvo a ponerme celosa sin saber el motivo. No entiendo qué coño me está pasando. Tendría que estar centrada en arreglar mi relación con Andrés o bien en terminar con esa situación. En cambio, miro embobada cómo mi compañera de piso se hace con la pista de baile, tiemblo cuando sus caderas rozan mi cuerpo y odio a todo aquel que se atreve a posar sus ojos sobre el suyo.

—¡Déjate llevar!—grita Claudia rodeando mi cintura con su brazo y rozando accidentalmente su muslo en mi sexo al acercarse a mí.

Joder, cuando suena la siguiente canción, coloco mis manos en sus hombros y me pego a ella. Claudia mueve sus caderas a centímetros de mi cuerpo, me da la vuelta, rodeando mi cintura y colocando su mejilla junto a la mía mientras ambas seguimos el son de la música.

—Mejor paramos—exclamo avergonzada cuando me sorprendo a mí misma frotando las nalgas contra su sexo sin el más mínimo recato.

—Estamos solo bailando y divirtiéndonos, no montes un drama—explica Claudia dándose cuenta de lo que ha pasado.

Prefiero no contestar y, en su defecto, pido en la barra un gin tonic que me ayude a comprender por qué me acabo de excitar mientras bailaba pegada a mi compañera de piso cuando a mí nunca me han gustado las mujeres.

Tras el gin tonic, las cosas van de mal en peor. Toda timidez ha desaparecido y la sensualidad del cuerpo de Claudia, bailando al son de la música, es demasiada como para ser ignorada. La siguiente vez soy yo la que cuela el muslo entre sus piernas, su boca a escasos centímetros de la mía, ambas moviendo las caderas hasta que nuestros labios se encuentran en un pasional beso.

Quizá sea el alcohol o las hormonas que destilan todos estos universitarios, pero todo desaparece a nuestro alrededor, ni siquiera escucho la música. Solamente estamos Claudia y yo, en medio de la pista, envueltas en el baile más sensual que he experimentado jamás. Sus manos en mis caderas, las mías rodeando su cuello mientras vuelvo a besarla con mi sexo cabalgando sobre su muslo.

No recuerdo bien lo que ocurre a continuación, si bien cuando me quiero dar cuenta estoy en el asiento de atrás de un taxi, intentando lamerle el cuello a mi compañera de piso mientras ella me separa divertida. Tampoco recuerdo cómo el taxi se teletransportó hasta nuestra casa, ni en qué momento mi cama dejó de dar vueltas antes de quedarme dormida.

Capítulo 10

MARTA

—¡Claudia!—grito con fuerza al despertarme y ver que estoy en bragas y sujetador.

Mi compañera de piso no responde. Seguramente sigue durmiendo la mona después de la borrachera que cogimos ayer por la noche, pero juro que como se haya pasado conmigo la mato.

—¡Claudia!—vuelvo a gritar en vista de que no se despierta.

Al poco rato, abre la puerta de mi dormitorio con los ojos aún medio cerrados por el sueño y bostezando. Mierda, incluso recién levantada la muy cabrona está preciosa con una camiseta vieja que le llega justo por debajo de las nalgas y deja al descubierto unas piernas perfectas.

—¿Qué coño te pasa? ¿Por qué gritas? ¿Qué hora es?—balbucea mi compañera de piso todavía medio dormida.

—¿Puedes explicarme cómo es que me he despertado sin ropa?—pregunto en tono borde.

—No me grites, por favor—suplica tapándose los oídos—. ¿Querías dormir con ropa?

—Quería dormir en pijama como todos los días, y no recuerdo haberme quitado la ropa—respondo algo nerviosa.

—Eso es porque te la he quitado yo—contesta Claudia abriendo las manos como si desvestir a tu compañera de piso fuese lo más normal del mundo.

Por un momento me quedo paralizada, mi corazón latiendo descontrolado, las palmas de las manos sudando. No recuerdo lo que ha pasado la noche anterior, he bebido demasiado y solamente tengo frases de haberla besado y estar muy excitada junto a ella. Bajo la cabeza y cubro mi rostro con las manos, joder, es que soy gilipollas, si me he acostado con Claudia me muero. ¡No habré sido capaz de acostarme con una mujer!

—Por favor, dime que no hemos hecho nada—suplico temerosa con un hilo de voz.

—¿No te acuerdas de nada?—inquire mi compañera de piso arqueando las cejas divertida.

—De muy poco.

—Umm—bromea, poniendo cara de mala.

—Eres una zorra, Claudia. ¿Te has aprovechado de mí?—grito enfadada.

—Espera, espera, frena un poco. No hemos hecho nada, al menos nada serio. Un par de besos en la disco y bailar un poco más pegadas de la cuenta. Si quieres que te refresque la memoria, has sido tú la primera que me besó y la que colocó su rodilla entre mis piernas—responde seria.

—Joder, qué vergüenza—exclamo llevándome las manos a la cabeza.

—¿Vergüenza por qué?—pregunta Claudia abriendo las manos con un evidente enfado—. Y que sepas que yo nunca me aprovecho de alguien que ha bebido más de la cuenta. Podemos darnos algún beso, pero jamás pasa de ahí. Para seguir adelante tengo que estar segura de que mi pareja realmente quiere seguir. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Tras pronunciar la última palabra, abandona mi dormitorio visiblemente dolida. Mierda, en el fondo estoy enfadada conmigo misma y la he tomado con Claudia. Recuerdo perfectamente la parte de los besos en la pista de baile y de cómo bailamos muy pegadas,

con el muslo de cada una entre las piernas de la otra. Me acuerdo de haber recorrido con mis manos sus redondas nalgas y de haber disfrutado haciéndolo. Es que no puedo ser más gilipollas, joder. Solo espero que no me haya visto ningún conocido. ¡Qué vergüenza! Y con una mujer, nada menos.

Al poco rato, escucho a Claudia salir de la casa con un fuerte portazo. Ni siquiera me ha dicho a dónde iba o se ha duchado, simplemente se ha ido. No es que tenga que darme explicaciones de lo que hace porque solo somos compañeras de piso, pero cuando abandona la casa, no puedo evitar sentir un vacío en mi interior que no sé demasiado bien cómo manejar.

Lo que sí sé es que tengo que hablar seriamente con mi novio, y cuanto antes mejor. Esta situación se nos está escapando de las manos y yo no puedo continuar así. Quiero encontrar una solución cuanto antes. También sé que no me gustan las mujeres. Tengo claro que lo de ayer fue solamente fruto del alcohol y de la desesperación que arrastro con todo este asunto de Andrés.

Sí, reconozco que Claudia es preciosa, que tiene una personalidad arrolladora y que es muy inteligente y madura para su edad, pero de ahí a gustarme las mujeres hay un mundo. Lo de ayer no puede volver a repetirse.

Abro el grifo de agua caliente de la ducha y lleno la bañera de agua antes de meterme dentro. La cálida temperatura reconforta mi cuerpo, aunque mi mente sigue atormentada por lo que ha ocurrido. Mierda, no lo tenía que haber pagado con Claudia, todos estos días solo ha tratado de ayudarme. Debo pedirle perdón en cuanto la vea más tarde.

Mientras enjabono mi cuerpo vuelve a mi memoria lo bien que lo he pasado la noche anterior a su lado. En el fondo, hacía tiempo que no me divertía tanto, demasiado tiempo. Junto a ella me he sentido viva, feliz. Mientras bailábamos con nuestros cuerpos pegados no existían las preocupaciones. Mis manos recorrieron su precioso culo sin tapujos, nos besamos sin vergüenza, y cuando mi sexo cabalgó sobre su muslo sentí una excitación que hacía años que no recordaba.

¡Joder! ¡Qué puta mierda! ¿Me estoy masturbando mientras pienso en ella?

Salgo temblando de la bañera al darme cuenta de lo que acaba de ocurrir. Esto va de mal en peor y debo encontrar una solución. El último día, cuando escuché sus gemidos en la habitación de al lado, reconozco que me excité, pero ni se me pasó por la cabeza masturbarme. No sé qué coño estoy haciendo, tengo que sacarla de mi cabeza antes de que sea demasiado tarde y arreglar las cosas con mi novio.

Todavía desnuda y con la piel empapada, cojo con prisas el teléfono móvil y tecleo el número de Andrés. Mis manos tiemblan mientras lo hago y cada tono de llamada que transcurre sin respuesta es un cuchillo que atraviesa mi corazón.

—¿Qué quieres, Marta? Sabes que estoy muy ocupado—responde el muy capullo con tono de suficiencia.

—¿Hasta cuándo me seguirás mintiendo, pedazo de cabrón?—grito con desesperación, sin poder contener la rabia que crece en mi interior.

—No tengo ni idea de a qué te refieres, pero ahora tengo que entrar en una reunión y no te puedo atender—se apresura a contestar mi novio.

—Eres un puto cerdo, Andrés. Llevamos seis años juntos y sé muy bien que me estás engañando, pero quiero escucharlo de tu boca, con tus propias palabras—insisto alterada, sin ser capaz de poner freno al sentimiento de impotencia que habita en mí.

Él vuelve a disculparse con la excusa de una supuesta reunión muy importante a la que

debe acudir. Mantiene la calma, no sé ni cómo lo hace, y me asegura que esta tarde vendrá a las siete a mi casa y lo podremos hablar todo con tranquilidad. Me repite que me quiere y se despide con un beso en el que quiero creer.

No tendría que haberle gritado. Me he puesto muy nerviosa porque soy consciente de que anoche la he cagado con Claudia. Esta tarde, cuando Andrés reconozca que me está mintiendo, cuando se sienta avergonzado por haberlo hecho, le confesaré que he besado a mi compañera de piso fruto del alcohol. Él sabe que no significa nada y yo no podría vivir con la culpa, prefiero que no haya engaños entre nosotros. Son demasiadas mentiras.

Quizá esta crisis sea el detonante para irnos a vivir juntos de una vez por todas. Seguro que cuando venga esta tarde y los dos nos disculpemos haremos el amor y todo mejorará. Compraremos una casa cerca de su trabajo y, con Claudia lejos de mí, dejaré atrás esta locura en la que me estoy adentrando.

Mi plan era perfecto, pero, por supuesto, llegan las siete y no hay ni rastro de mi novio. Tampoco a las siete y media, ni a las ocho. A las nueve comprendo por fin que no se va a presentar y diez minutos más tarde recibo un escueto mensaje de WhatsApp diciendo que le ha surgido un tema importante en el despacho y que no podrá venir.

Su mensaje me encuentra ya llorando desconsolada, maldiciendo haber sido tan confiada, murmurando todo tipo de insultos hacia él y hacia mí, porque al fin y al cabo, esto es un problema que hemos creado los dos. Él me ha engañado, pero yo he sido una imbécil por no haberme dado cuenta en seis años de lo que estaba ocurriendo.

Claudia tiene tan solo veintidós años, pero ha sido capaz de ver el problema de inmediato. Joder, Claudia. Cada vez que pienso en ella se me escapa una sonrisa, es como si el mero hecho de pronunciar su nombre obligase a mis pulmones a suspirar. No recuerdo la última vez que estas cosas me han pasado con mi novio. Fue hace mucho tiempo, de eso estoy más que segura.

Seco precipitadamente las lágrimas que ruedan por mis ojos con la manga del jersey al escuchar la llave girando en la puerta. En cuanto entre le pediré perdón. He sido una imbécil con ella suponiendo que se había aprovechado de mí cuando solamente me ha estado ayudando. Eso es algo de lo que Andrés sería muy capaz, pero no Claudia. Ella es diferente.

Capítulo 11

MARTA

Mi corazón hace un salto mortal al escuchar las pisadas de Claudia dirigiéndose hacia donde estoy...para luego caer al suelo sin red y romperse en mil pedazos cuando veo que llega acompañada de una diosa griega de pelo rubio y vaqueros ajustados.

—¿Te encuentras bien?—pregunta extrañada, seguida de la rubia que me mira con los ojos como platos.

—No, no estoy bien, joder. ¿Cómo podría estarlo? Necesito hablar, pero justo cuando más lo necesito tú solo piensas en follar, como siempre. Anda, corre a tu habitación y no te molestes por el ruido—espeto girando la cabeza ofendida para no verla.

—Joder, tía, qué fuerte, es como en la serie esa de lesbianas tan famosa. Menudo bollodrama—escucho decir a su compañera justo detrás de mí.

—Yo no soy lesbiana, gilipollas—respondo enfadada, dejando el café que empezaba a prepararme y abandonando la cocina a grandes zancadas para encerrarme en mi dormitorio.

Claudia corre detrás de mí, deteniéndose solo cuando le cierro la puerta en las narices. Me asegura que la rubia es solamente una amiga de la universidad y que viene a ayudar con unos apuntes que no ha podido tomar los días en los que estuvimos liadas con lo de Andrés. Sin embargo, ya es demasiado tarde, solo abro la puerta para abandonar la casa sin ni siquiera mirarla a la cara, sin detenerme a escuchar lo que me está diciendo. Solamente un “por favor, no te vayas” parece llegar vagamente a mis oídos.

CLAUDIA

Regreso a casa con Andrea, una amiga de la universidad con la que suelo compartir apuntes y a veces quedar a estudiar en la biblioteca. Con los dos días que he perdido siguiendo al novio de Marta, me he quedado algo retrasada así que aprovecharé para copiar sus apuntes y terminar un trabajo de econometría que estamos haciendo juntas.

Nada más abrir la puerta, me encuentro a Marta sentada en la mesa de la cocina, con los ojos rojos e hinchados de haber llorado. Supongo que habrá vuelto a hablar con el imbécil de su novio, porque cada vez que lo hace se queda hecha polvo. No falla.

Para mi sorpresa, tras preguntarle qué es lo que le pasa, se pone histérica y me dice que en vez de ayudarla traigo a una chica para follar, con lo que Andrea nos mira con los ojos como platos sin decir ni entender nada. Sin embargo, su sorpresa inicial no es nada con la cara de asombro que se le queda al ver a Marta abandonar la casa de un portazo gritando que podemos hacer todo el ruido que nos dé la gana.

—¿Qué coño le pasa a esa?—pregunta Andrea en cuanto mi compañera de piso sale por la puerta.

—Problemas con su novio—respondo encogiéndome de hombros.

—Joder, pensaba que también estabas liada con ella y que teníais un bollodrama como los de la serie esa de la tele—bromea Andrea divertida.

—¿Con Marta? No, ¡qué va! Somos solo compañeras de piso, le explico negando con la cabeza.

—Pues le gustas.

—Es totalmente hetero y tiene novio, Andrea—le repito por si no se ha enterado.

—Será todo lo hetero que quieras, pero a esa tía le gustas, te lo digo yo que tengo muy buen ojo para ese tipo de cosas—insiste mi amiga asintiendo con la cabeza.

Me llevo una mano a la frente, tratando de sacar de mi mente lo que Andrea acaba de decir, aprovechando para meter un par de cápsulas de café en la máquina. Será una noche larga hasta que terminemos el trabajo de econometría, menos mal que han precintado el local en el que trabajo porque si no, no sé de dónde iba a sacar el tiempo para finalizarlo.

—¿Qué le ha pasado con su novio?—pregunta Andrea saboreando un largo trago de café.

—Sospecha que la engaña.

—¿Con otra?

—No lo sabemos, de momento la engaña con la vida en general—respondo con una mueca de asco.

—¿Y eso?

—Joder, Andrea, eres una cotilla—bromeo dejando escapar un suspiro.

Le explico que Marta lleva seis años con su actual novio y que le ha pedido varias veces que se muden a vivir juntos, aunque él no hace más que darle largas poniendo todo tipo de excusas. Sigo relatando cómo solo ha estado en su casa para fiestas y siempre quedan en casa de ella o que solamente ha coincidido con los padres de Andrés en un par de ocasiones y nunca la ha presentado como su novia.

Para terminar, río divertida con nuestra aventura siguiendo durante dos mañanas al novio de Marta hasta el local de apuestas mientras tendría que estar trabajando o cuando le cuento cómo me abalancé sobre ella para que su novio no la reconociese.

—¿Por eso no has ido a la facultad estos días? Me parto de risa contigo, de verdad—exclama Andrea llevándose las manos a la cabeza.

—Su novio es un cabrón. No sé si la engaña con otra, pero toda su relación es una farsa, no hay nada real entre ellos, solo viven de cara a los demás—admito con un bufido.

Sin poder evitarlo, me sorprende a mí misma contándole a mi amiga más y más detalles de la relación de Marta o mi análisis de por qué creo que no quiere comprometerse. Me sorprende más aún al descubrir que cada vez que hablo de Marta se me empieza a poner una sonrisa tonta, como si empezase a gustarme.

—El día que a mi novio no se le ponga dura se la corto, te lo juro—espeta Andrea muy seria cuando le cuento que la última vez que estuvieron a solas, el novio de Marta ni siquiera tuvo una erección cuando ella quiso hacer el amor.

—Es un poco raro para su edad, pero yo de tíos no entiendo—confieso encogiéndome de hombros.

—Eso es que está con otra seguro, además de que sea un gilipollas y un mentiroso en general. No me extraña que la pobre chica esté hecha polvo—añade Andrea con un largo suspiro.

Ya a las once de la noche, Marta regresa de donde quiera que haya estado mientras Andrea y yo estamos tiradas en el sofá tratando de aplicar una fórmula que se nos atraganta.

—¡Qué raro encontrarte en bragas!—suelta con un bufido nada más entrar en la casa.

—Buenas noches a ti también—ironizo negando con la cabeza.

Iba a explicarle que le he tenido que dejar el único pijama que tengo limpio a Andrea porque se quedará a dormir en casa para terminar el trabajo, pero prefiero no dar explicaciones en vista de lo cabreada que regresa. Supongo que habrá discutido con su novio.

—Tienes algo de comida en la nevera—le anuncio señalando hacia la cocina.

—Ya he cenado.

—¿Has estado con Andrés?—inquiero con curiosidad.

—He cenado sola—responde Marta con sequedad.

—Marta, ¿estás bien?—insisto.

—¿Trabajas ahora para el FBI? Joder, porque esto parece un puto interrogatorio—ladra Marta ante la sorpresa de Andrea que se aleja medio metro de mí.

Me quedo callada por unos instantes, sin entender lo que está ocurriendo ni saber muy bien lo que tengo que decir. Yo no le he hecho absolutamente nada, al contrario, solo he tratado de ayudar en todo momento. Repaso mentalmente si la he podido ofender en algo, pero no lo consigo identificar y el hecho de que esté gritando delante de Andrea a la que no conoce de nada, es aún más extraño, porque siempre trata de ser doña perfecta.

—Es que no me extraña que tu exnovia te pusiese los cuernos con lo promiscua que eres—chilla sin venir a cuento antes de que pueda preguntarle si le puedo ayudar en algo.

Normalmente, tengo mucha paciencia, pero el tema de mi exnovia es mi punto débil. Me ha hecho demasiado daño engañándome con mi prima como para que no lo sea. Mi corazón se rompió en mil pedazos aquel día y no me gusta recordarlo, y mucho menos aún que me lo recuerden.

Y lo que no tiene sentido es que me diga que me ha engañado por promiscua. Si estoy en una relación soy la persona más fiel del mundo y creo que, ahora que sé lo que duele cuando te engañan, lo seré mucho más. Además, lo que haga con mi vida privada es asunto mío, sobre todo cuando mis parejas saben perfectamente las reglas del juego y yo dejo bien claro desde el minuto uno que no quiero una relación.

Me jode muchísimo ese tipo de ideas todavía en el siglo XXI. Si fuese un hombre, sería un ligón, un rompecorazones. En cambio, como soy una mujer, para algunas personas soy una puta por cambiar de pareja con frecuencia. De verdad que mucho tenemos que evolucionar todavía en esta sociedad. Cada persona debería ser libre de tener la vida sexual que quiera tener, siempre y cuando se cumpla la condición de que haya respeto y todo el mundo esté de acuerdo.

—¡Tú lo que tienes es que follar más, bonita!—espeto ante la sorpresa de Andrea que se tiene que tapar la boca con la mano para que no la vean reír.

—Ya follas tú por mí y por un regimiento entero—responde Marta irritada, mirándome con una cara de odio que no había visto nunca—. Además, no tengo ninguna necesidad en ese sentido.

—Pues no lo parecía cuando te frotabas el chirri con mi muslo mientras bailábamos en la discoteca—dejo escapar ya sin filtros.

La contestación ya es demasiado para Andrea que no puede evitar que se le escape una pequeña carcajada, lo que enfurece mucho más a mi compañera de piso. Por fortuna, decide no contestar y se encierra en su habitación con lo que nuestra guerra dialéctica llega a su fin, porque creo que nos hemos dicho cosas que no sentimos y de las que nos vamos a arrepentir cuando estemos más calmadas.

Capítulo 12

MARTA

Estiro los brazos, abriendo los ojos con pereza y dejando que, poco a poco, se vayan acostumbrando a la luz que se cuele por la ventana. Sorprendida, observo el reloj que marca ya las nueve y media. He dormido como un tronco, hacía tiempo que no descansaba tan bien y mi cuerpo lo agradece. Supongo que la tensión y el cansancio acumulado de los últimos días han hecho mella en mi cuerpo hasta que ya no ha podido más.

Arrastro los pies con somnolencia hasta la cocina, dispuesta a prepararme un café solo para que la cafeína haga efecto en mi cuerpo y me espabile, cuando mi mirada se detiene en el sofá del salón. Allí está la diosa rubia del cuerpo escandaloso recostada sobre Claudia. Seguro que se habrán quedado dormidas después de hacerlo toda la noche y como yo estaba tan cansada ni siquiera logré escucharlas.

Esta niñata se debe pensar que soy gilipollas. Luego me intenta convencer de que es solamente una amiga de la universidad que ha venido a terminar un trabajo, si hasta se han quedado dormidas en el salón. Yo cuando estaba en la facultad y hacía un trabajo con alguien, por la noche regresábamos cada una a la casa de nuestros padres.

Otra vez siento una rabia extraña en mi interior, algo que no acierto a entender ni manejar. Se me forma una opresión en el pecho que me impide respirar con facilidad y lo único que quiero es largarme de esta casa cuanto antes. Se acabó, de hoy no pasa, a esto le voy a poner solución ahora mismo, porque ya no puedo seguir viviendo así. O termino con esta situación o acabaré volviéndome loca.

Regreso a mi dormitorio y me visto a toda prisa, abandonando la casa con un sonoro portazo de camino al local de apuestas en el que hemos visto a mi novio los dos últimos días. Si está de nuevo allí, espero que sea capaz de darme una explicación coherente de lo que está sucediendo. Eso, y que se vaya preparando para vivir juntos de una vez por todas porque ya estoy saturada del continuo cambio de parejas de la niñata con la que vivo.

Esperaba con todo mi corazón no encontrarme a Andrés en el local de apuestas y, sin embargo, ahí está. Y no reunido con el encargado como me hubiese gustado ver, sino echando moneda tras moneda en una máquina tragaperras. Parece absorto en sus pensamientos, concentrado, sus ojos brillan cada vez que tira hacia abajo de una enorme palanca que pone en funcionamiento la máquina con un fuerte sonido estridente.

A su lado, otros dos chicos de unos veinticinco años hacen comentarios sobre los tiempos de la máquina y las últimas jugadas, como si de verdad creyesen que pueden predecir lo que ocurrirá a continuación. Me llama la atención la cantidad de gente que se reúne ya en el local. Son las diez de la mañana y quizá haya ya unas treinta personas. Tras una fila de máquinas tragaperras de varios tipos, se encuentran distintas mesas simulando una ruleta con varios asientos y, un poco más allá, numerosas pantallas de apuestas deportivas.

Son casi todo hombres, en su mayoría jóvenes, pero también hay alguna mujer. Cada uno está concentrado en sus apuestas. Gritan de vez en cuando, maldicen, aprietan los puños o dan un puñetazo sobre la mesa o a la pared, pero podría entrar un jodido extraterrestre en el local y ninguno de ellos apartaría la mirada.

—Tienes mucho que explicarme—apunto acercándome a mi novio.

Ni siquiera me mira, no desvía la mirada de la máquina que hace girar unos dibujitos a toda velocidad frente a sus ojos hipnotizándole.

—Andrés, sal ahora mismo del local, tenemos que hablar—insisto, alzando la voz.

He llamado su atención y clava los ojos en mí como si fuese un espectro. Lo malo es que mi grito ha desviado también la atención de varios de los habituales, que han dejado de jugar, cosa que no parece haberle hecho ninguna gracia a un gorila de dos metros que se acerca hacia mí con cara de muy malas pulgas.

—Salgamos de aquí, Andrés, por favor—suplico nerviosa al ver al enorme guardia de seguridad que ya está a unos pasos de nosotros.

—Ahora no, Marta, en las próximas cinco jugadas tiene que salir el premio gordo—se apresura a decir mi novio metiendo otra moneda y tirando de la palanca con la devoción de un fanático.

El matón que tienen trabajando como guardia de seguridad, nos indica de muy malos modos que tenemos que abandonar el local, insistiendo en que la gente viene a divertirse y jugar de manera responsable y que los asuntos domésticos deben solucionarse fuera de la sala. Parece una frase que tiene aprendida y que recita sin pensar.

Ante mi sorpresa, Andrés, que apenas levanta un poco más de uno setenta de estatura, intenta empujar a la enorme mole de dos metros y más de cien kilos de puro músculo sin poder moverlo ni un centímetro. A nuestro lado, los dos chicos que estaban observando las jugadas prácticamente se pegan por el derecho a ser el siguiente jugador.

Abandono confusa la sala de apuestas, tirando con todas mis fuerzas del brazo de mi novio, ayudada por el gorila de seguridad que de vez en cuando le propina un empujón que le hace desplazarse varios metros hasta que le perdemos de vista.

—¿Estás loca, joder? Estaba a punto de salir el premio gordo. Lo has jodido todo—grita mi novio con desesperación llevándose las manos a la cabeza.

Para una persona que vive de las apariencias, siempre tan controlado, me sorprende el numerito que está montando en medio de la calle, con los transeúntes mirándonos entre divertidos y extrañados.

Tras unos minutos en los que parece desorientado sin saber qué hacer, Andrés accede a entrar conmigo en una cafetería cercana. Una vez que el camarero nos trae unos cafés, está más calmado aunque su enfado conmigo es más que evidente.

—Me has jodido el día, coño. ¿Tú eres idiota? Estaba a punto de salir el premio gordo y ahora lo ganará uno de los imbéciles esos. Y he sido yo el que metió los últimos cien euros—se queja, sacudiendo la cabeza con desesperación.

—¡Déjate de premios gordos y escúchame, Andrés!—ladro enfadada apretando su mano—. ¿Se puede saber qué coño haces jugando a las tragaperras en vez de estar en tu despacho trabajando?

—Estoy de vacaciones—contesta con sequedad, apartando la mirada.

—¿Estás de vacaciones? Joder, los dos últimos días me has dicho que estabas a tope de trabajo y que no podías quedar conmigo.

—Eso era los dos últimos días. Hoy estoy de vacaciones—miente, tomándose el café de un trago.

—No me mientas. Sabes que no lo soporto. Llevas viniendo cada mañana a la sala de apuestas desde el lunes. Y eso que yo sepa. Más vale que me des una explicación—amenazo muy seria.

—¿Me has estado siguiendo?

—Sí—confieso con preocupación, tragando saliva.

—¿Pero tú quién coño te crees que eres para seguirme? ¿Esa es tu idea de una relación de pareja? ¡Eres una puta controladora!—espeta pegando un golpe sobre la mesa que me sobresalta.

Mi corazón está disparado, tiemblo de la tensión. Jamás le había visto de este modo, pero ahora mismo ya no me importa nada, estoy decidida a llegar hasta el final, aunque me duela lo que pueda descubrir. Andrés me mira con odio, su pecho se hincha con cada profunda respiración y los orificios nasales se le han dilatado. Agradezco estar sentada a la mesa de una concurrida cafetería, porque no sé de lo que podría ser capaz en estos momentos si estuviésemos a solas. Ya ni siquiera le conozco. No sé si le he conocido alguna vez.

—Dime lo que está pasando, por favor—suplico con los ojos humedecidos.

—¿Ahora te vas a poner a llorar? Pues ya puedes porque lo nuestro se acabó, ya te puedes ir buscando a otro que te pague los caprichos—bufa con un nuevo golpe sobre la mesa que atrae la mirada de varios comensales.

—¿Al menos me puedes explicar lo que ocurre? Porque no entiendo nada, joder. Hace unos días me decías que ibas a buscar un piso cerca de tu trabajo para que me mudase a vivir contigo. Me asegurabas que te harían socio en tu despacho y que por eso trabajabas tantas horas y ahora esto. ¿No significa nada para ti? ¿Qué he sido yo durante los seis últimos años? Son seis años de mi vida, Andrés, al menos dame una explicación—me quejo sin poder retener las lágrimas.

Mi novio se queda callado unos instantes que a mí me parecen una eternidad. Maldigo la hora en la que decidimos seguirle, no sé si hubiese preferido vivir en la ignorancia o presenciar lo que he visto hoy con mis propios ojos. Y encima tiene la cara de decirme que todo se ha acabado, como si la culpa hubiese sido mía.

—Ya que insistes, te voy a dar una explicación. Al fin y al cabo, no creo que vaya a volver a verte. Vuelve con esos amigos tuyos muertos de hambre porque se te han acabado los regalos, la ropa de marca y las cenas en restaurantes caros. ¿De verdad quieres saber lo que ocurre?

Solamente asiento con la cabeza, entre sollozos, limpiando las lágrimas que ruedan por mis mejillas con la manga de la blusa, incapaz de entender nada de lo que está ocurriendo.

—Ni siquiera trabajo. No lo necesito. Puedo vivir del dinero de mis padres el resto de mi vida. Tengo un sueldo importante como directivo en la empresa de la familia, aunque no paso por allí para nada. En cuanto a ti, mientras no me dabas problemas estabas bien, pero te has puesto demasiado pesada con la tontería esa de mudarnos a vivir juntos. ¿Te crees que voy a cambiar el chalet de mis padres por un apartamento de mierda? Es que tú lo flipas—espeta con una mueca de desprecio.

—Llevamos seis años juntos, Andrés, pensaba que me querías—añado con un hilo de voz apenas audible.

—Como te digo, has estado bien mientras no me dabas problemas. Te amoldabas a lo que yo quería en cada momento y si necesitaba sexo estabas siempre dispuesta—explica con una naturalidad que me asusta.

—¿Me...me has engañado con eso también?—inquiero temerosa de conocer la respuesta.

—¿Qué quieres que te diga? Vivimos en España y tengo dinero. Si necesito sexo de calidad contrato a una prostituta, al igual que hacen casi todos mis amigos. No es por nada, pero no eres ninguna maravilla en la cama. Incluso tu amiga Sonia está más que dispuesta a chupármela cada vez que se lo pido—reconoce, levantándose de la mesa y tirando con

desprecio un billete de diez euros para pagar los dos cafés.

Me quedo boquiabierta, sentada en la mesa, incapaz de reaccionar mientras le veo abandonar la cafetería, sin comprender nada de lo que ha ocurrido. Trato de limpiar las lágrimas que brotan de mis ojos, pero, de inmediato, son remplazadas por otras nuevas. Seis años, seis jodidos años de mi vida tirados a la basura con un cabrón mentiroso. El problema es que podría haberlo visto venir, la propia Claudia se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo sin ni siquiera conocerle.

He sido una estúpida. Creía que tenía el novio perfecto. Me dejé cegar por sus promesas, por su vida perfecta, por su dinero y los contactos de su familia y todo era una farsa. Claudia tenía razón, no quiere salir de la casa de sus padres, del regazo de su mamá. Allí lo tiene todo y yo solo servía para acompañarle a alguna fiesta y cubrir sus necesidades, aunque parece que esto último no demasiado bien.

“Qué puto cerdo” exclamo llevándome las manos a la cabeza mientras una camarera que lo ha presenciado todo me da un pañuelo de papel para que me seque las lágrimas.

—Algunos tíos son así. Estarás mejor sin él—me asegura la camarera acariciando mi espalda.

Asiento con la cabeza abandonando la cafetería y deambulo por las calles sin un rumbo fijo, sin comprender todavía lo que ha ocurrido, maravillándome de lo imbécil que he sido, preguntándome en qué momento se puede llegar a ser tan cabrón y egoísta como Andrés.

Capítulo 13

MARTA

Con los ojos repletos de lágrimas, marco el número de teléfono de Olga. Ya ni siquiera sé en quién puedo confiar, tan solo ella ha estado siempre a mi lado, para lo bueno y para lo malo, como una auténtica amiga.

—¡Qué pedazo de cabrón!—exclama Olga llevándose ambas manos a la frente cuando le empiezo a contar lo ocurrido con Andrés.

—Así es, ni siquiera trabaja, todo era una farsa. Cobra un sueldo de la empresa de su familia y se lo funde en máquinas tragaperras y a toda la pandilla nos ha hecho creer que trabaja en un importante despacho de abogados. Me pregunto cuántos de sus amigos saben realmente la verdad—agrego haciendo una mueca de asco.

—Joder, ¿y lo de Sonia? ¡Menuda perra! No me lo esperaba de ella. Siempre ha querido cazar a un tío con dinero, pero irse con el novio de una amiga es lo peor que se puede hacer. Y todo para nada, porque la utilizaba de muñeca hinchable—ironiza Olga alzando los ojos al cielo.

—Yo tampoco me lo esperaba. Suponía que había alguien, pero Sonia...

—No entiendo cómo ha podido mantener esa mentira seis años, Marta. Joder, tenías que haberte dado cuenta de algo más—insiste mi amiga apretando mi mano entre las suyas.

—La única explicación que se me ocurre es que soy gilipollas, Olga. Vivíamos en una farsa, nos veíamos un par de veces a la semana como si fuésemos adolescentes. De cara a nuestra pandilla éramos la pareja perfecta, pero me tenía que haber percatado antes de que vivía en una mentira. Imagino que me dejé cegar por su mundo ideal; las fiestas, los coches, los contactos de su familia, ya sabes, todas esas cosas—admito desviando la mirada con vergüenza.

—Incluso así...son seis años.

—Sí, son seis años. Ahora es muy fácil ver las señales. Había banderas rojas por todos los lados, pero cuando estás enamorada no te das cuenta. Más tarde, el amor fue dando paso a la comodidad, a la rutina. Durante años, ambos mantuvimos una vida en la que estábamos lo suficientemente bien y, en el momento en el que yo he querido algo más, es cuando todo saltó por los aires—confieso, dándome cuenta de lo idiota que he sido todos estos años.

—Perdona que te lo diga, pero sigo sin entenderlo, Marta.

—Yo tampoco lo entiendo. Andrés tiene la suerte de haber nacido en una familia con mucho dinero, ha tenido una gran educación y es inteligente. En cambio, se conforma con llevar una vida sin ambición alguna, una existencia lo más cómoda posible sin aspiraciones. Vive feliz sin querer salir de la casa de sus padres, le basta con el sueldo que le pagan en la empresa de su familia, que supongo que no será pequeño a juzgar por su nivel de gastos. Y sexualmente, ya ves...—balbuceo sin atreverme a terminar la frase.

El camarero trayendo otra ronda más de cafés detiene nuestra conversación, lo que me da una oportunidad para retener las lágrimas antes de que vuelvan a brotar, apartando la vista hacia el ventanal de la cafetería para no encontrarme con la mirada inquisitiva de Olga.

—¿Te puedes creer que ayer por la noche Claudia ha vuelto a llevar a otra chica a casa? Ni por semana se detiene—me quejo sin desviar los ojos de la ventana.

—¿Qué?—pregunta Olga extrañada.

—No es más que una niñata promiscua e inmadura, joder. Me dice que me va a ayudar y lo único que intenta es seducirme. Cuando ve que no sigo adelante, ni siquiera mira atrás un

solo segundo, se lleva a otra muñequita a casa para follar casi delante de mis narices, y tiene la desfachatez de decir que es una compañera de clase con la que está haciendo un trabajo—protesto, soltando un largo bufido.

—Pensaba que habías sido tú la que la habías besado a ella en la discoteca.

—Eso no tiene nada que ver. El caso es que nos besamos y se lleva a casa a la tía más buena que encuentra para pasearla frente a mis narices y darme envidia—replico agitada.

—Marta, ya sabes que yo te digo las cosas como las siento, aunque alguna vez te haga daño—interrumpe Olga agarrándome por el codo para que la mire.

—Por eso eres mi mejor amiga.

—Vale, y por eso te digo que me resulta más que extraño que lo acabes de dejar con tu novio después de seis años, de esta manera tan traumática y lo que de verdad te preocupa es que tu compañera de piso haya ligado o no con una buenorra de su universidad—agrega Olga arqueando las cejas.

—No me preocupa lo más mínimo, por mí como si se folla a toda la facultad—replico enfadada.

—¿Estás segura?

—¡Joder, claro que estoy segura! Que se vaya a la mierda, estoy hasta el culo de gente que tiene miedo a comprometerse, bastante daño me han hecho ya—reconozco escondiendo el rostro entre las manos y sintiendo cómo mis ojos se llenan nuevamente de lágrimas.

—¿Por qué no pasas unos días conmigo y te alejas de todo? Aún te quedan vacaciones, quizá un poco de distancia te sirva para aclarar las ideas—propone mi amiga con una amplia sonrisa.

Dadas las circunstancias en las que me encuentro, dolida con Andrés y sin querer ver a Claudia, su proposición me parece una idea excelente. Seguramente, un poco de tranquilidad me ayude a poner mi mente en orden.

CLAUDIA

—¿Te puedes creer que me envía un puto mensaje de texto y nada más?—me quejo enfadada ante la sorpresa de mi compañera de clase.

Andrea me mira extrañada, encogiéndose de hombros sin entender nada de lo que ocurre.

—*“Todo se ha ido a la mierda con Andrés. Me voy unos días con Olga, no me esperes”*. Eso es todo. ¡Menuda porquería de mensaje!—me quejo lanzando el teléfono móvil sobre el sofá.

—Si no te conociese diría que esa chica te gusta y, como te conozco, lo afirmo—bromea Andrea cruzando los brazos y alzando varias veces las cejas.

—¡Estás loca!—contesto negando con la cabeza—. Solamente es mi compañera de piso y me da pena de que lo esté pasando mal por el cabrón de su novio. Nada más.

—Bueno, bueno, lo que tú digas, pero recuerda que es hetero y además está herida. Para ti, eso es una combinación muy peligrosa que ya te ha traído algún dolor de cabeza en el pasado—me recuerda mi amiga.

Me dejo caer sobre el sofá, dejando escapar un largo soplo. Quizá tenga que reconocer que, un poco, sí que me gusta. Dentro de ese aire de niña pija y estirada hay una chica sensible y, estos días que la he conocido mejor, me ha dolido ver cómo su novio le hacía daño.

No sé lo que les ha pasado al final, porque el mensaje no explica nada, pero tengo claro que el chico ese no le conviene. Yo nunca me portaría así con ella.

“Espero que estés bien, estoy preocupada por ti. Si quieres olvidarte un poco de lo de

Andrés estará este fin de semana en la misma disco que la otra noche” escribo torpemente en el teléfono, anhelando que se pase por allí y recordándome a mí misma que no la echo de menos, es solo que me preocupo por ella.

Capítulo 14

MARTA

—Me empiezas a preocupar. Llevas tres días encerrada sin salir de casa, envuelta en una manta y viendo dramas en Netflix—me reprocha Olga en vista de que el disgusto me ha quitado las ganas de todo.

Lo cierto es que lo de Andrés ha sido para mí un shock tan grande que no soy capaz de reaccionar. Ya no es solamente por dejarlo después de seis años, que ya es un duro golpe por sí solo. Lo peor es la manera en que lo hemos dejado y, sobre todo, lo imbécil que he sido para no darme cuenta de nada en todo este tiempo. A cualquier persona que se lo cuentes le resultaría difícil de creer, pero cuando te metes en una relación, a veces estás tan ciega que no ves la realidad. Te instalas en la rutina y todo el mundo es capaz de verla menos tú.

Me repito una y mil veces a mí misma que estaré mucho mejor sin él. Soy consciente de que nuestra relación era tan solo una farsa, algo que no tenía ningún futuro y que es mejor que haya terminado ahora que más tarde. Demasiado ha durado. Y aun así, duele como si te cortasen a trozos con un cuchillo.

—No se hable más, es sábado, nos vamos a cenar juntas. Tiene que darte el aire antes de que te marchites dentro de casa. Vamos a coger una cogorza como cuando íbamos a la universidad. Entra en la ducha y espabila, que ya empiezas a oler mal—bromea Olga en tono autoritario.

Me encojo de hombros y dejo escapar un largo suspiro de resignación. Sé que cuando a mi amiga se le mete algo en la cabeza es igual que un perro de presa y no me soltará hasta que consiga lo que quiere. En cualquier caso, en el fondo tiene razón. Es una estupidez pasar los días tirada en un sofá delante de la televisión lamentándome de lo que pudo haber sido y nunca llegará a ser. O peor aún, siendo consciente de que he sido gilipollas.

Olga me lleva a una pizzería que sabe que me encanta. Veníamos mucho con la pandilla de la facultad, aunque ahora la antigua pandilla se ha desperdigado. En la práctica quedamos Olga y yo, del resto, alguna se ha casado ya, varias han tenido que irse a vivir a otros lugares en busca de trabajo y Sonia... Sonia se ha dedicado a chupársela a mi exnovio a mis espaldas.

Nos ponemos como cochinas con un queso provolone a la plancha y más tarde con una enorme pizza que está deliciosa, todo ello regado con abundante sangría, de manera que cuando llegamos a los postres la cabeza me da vueltas. Compartimos entre risas un tiramisú y un coulant de chocolate que están para chuparse los dedos y salimos bastante mareadas en busca de aire fresco sin ser capaces de mantener por completo el equilibrio.

—¿Sssabess qué? Quiero ir a una discoteca. Hay una a dosss calles de aquí que está fenomenal—propongo alargando las sílabas por el alcohol.

Olga levanta los brazos en señal de triunfo y comienza a bailar para celebrarlo, creo que va algo mejor que yo, aunque tampoco debe ir demasiado sobria.

Mis ojos se adaptan a duras penas a la luz de la discoteca; oscura en algunas zonas y con luces cambiantes en la pista de baile que me descentran mientras bailamos con unos chicos a los que acabamos de conocer. Me agarro a uno de ellos para no caer y Olga reacciona rápidamente sacándome de la pista.

—Quiero seguir bailando—me quejo mientras tira de mi brazo para llevarme hacia la barra.

—No voy a dejar que un baboso te toque el culo en medio de una pista de baile, ¡camina! —ordena Olga tirando de mí aún con más fuerza.

—Mira la guarra esa. Está con otra chica diferente—exclamo señalando hacia la barra con mi barbilla.

Y ahí está Claudia, pegadita a una morena preciosa, regalándole una sonrisa que podría derretir el mismísimo Polo Sur. Ha sido verla con la morena y se me ha formado un nudo en el estómago.

—Marta, ¿qué haces?—grita Olga alarmada al observar mi reacción.

Ni corta ni perezosa, me acerco a la barra y, empujando a la morena, me coloco frente a Claudia y le planto un beso en la boca que la deja sin respiración. Ella me mira con los ojos como platos, incapaz de creer lo que acaba de ocurrir hasta que Olga llega corriendo y me separa.

—Lo siento, ha bebido algo más de la cuenta, ¿te encuentras bien?—se disculpa juntando las palmas de las manos y dirigiéndose a la morena a la que acabo de empujar contra un taburete.

Claudia y su guapa acompañante sonrían y le aseguran que no pasa nada, que entienden que estoy pasando por una situación complicada y que ya está todo olvidado. En cambio, yo solamente tengo ojos para la pequeña boca de mi compañera de piso que me hipnotiza al hablar.

—Si quieres ya me encargo yo de ella, Olga, vete a descansar—le dice Claudia a mi amiga.

—¿Estás segura? No quiero estropear la noche—replica Olga.

—No pasa nada, estamos a cinco minutos de casa. Vamos dando un paseo para que le dé el aire, así se despeja un poco—le asegura Claudia encogiéndose de hombros.

CLAUDIA

Lo que menos me esperaba al enviar el mensaje es que Marta se presentase en la discoteca y me plantase un beso de buenas a primeras. Estaba en la barra, hablando con una amiga del instituto que se acaba de casar y le ha pegado un empujón que casi la tira al suelo antes de besarme. Su amiga Olga se ha quedado a cuadros. Bueno, ella y yo, porque ha sido una sorpresa. Grata sorpresa, pero sorpresa al fin y al cabo.

Después de asegurarle a Olga que yo me encargaba de ella, caminamos en silencio hasta nuestra casa. Es ya muy tarde y un chaparrón inoportuno ha vaciado las calles de gente. Solo la luna llena se alza orgullosa en el cielo iluminando la noche.

—Me tenías muy preocupada—confieso, rompiendo el incómodo silencio en el que estamos sumidas.

—Pues en la barra, con la zorra esa, no parecías muy preocupada—espetea Marta haciendo una mueca de desprecio.

No puedo evitar reírme mientras le explico que es solamente una amiga del instituto a la que hacía tiempo que no veía y que se acaba de casar, de hecho, su marido estaba unos metros más allá con unos amigos.

—Siento haberla empujado—admite Marta bajando la cabeza avergonzada.

—No pasa nada. ¿Quieres hablar de lo otro?—inquiero curiosa cuando entramos en casa.

—¿Del beso?

—Sí.

—Tú no tienes muchos problemas para ir repartiendo besos u otras cosas por ahí—me recrimina.

—Has sido tú la que me ha besado—le recuerdo alzando las cejas.

—¿Me vas a quitar la ropa como la otra vez que llegué al piso borracha?—pregunta Marta apoyando las manos en mi cintura.

Dejando escapar un largo suspiro, cierro los ojos y cuento hasta cinco para calmarme. Lo que me apetece en estos momentos es llevarme a Marta a la cama, pero sé que luego se arrepentirá de ello y la considero una amiga. Nunca me he aprovechado de una chica que hubiese bebido más de la cuenta, y en el caso de Marta se junta todo; la bebida, la reciente ruptura con el imbécil de su novio y me temo que una evidente curiosidad hacia nuevas experiencias. Es decir, una combinación muy peligrosa, una bomba de relojería que al estallar se llevaría por delante nuestra amistad.

—Creo que hoy estás en casi perfectas condiciones para desnudarte tú solita—le aseguro con un guiño de ojo.

Nada más terminar la frase, observo la decepción en los ojos de Marta y comprendo que tenía esperanzas de que esta noche pasase algo entre nosotras. Intenta pegarse un poco más a mí, frotando su cadera contra mi cuerpo en un modo en el que me cuesta la misma vida contenerme, aunque me mantengo firme. Mañana será otro día y, si de verdad está interesada, no seré yo la que la detenga.

Capítulo 15

MARTA

Me levanto aturdida, con un dolor de cabeza que me martillea la sien mientras mis ojos tratan de adaptarse a la luz del sol que se cuele por la ventana. Recuerdo solamente retazos de la noche anterior tras dejar la pizzería. De lo que sí me acuerdo es de haberle entregado mi cuerpo a Claudia y haber sido rechazada.

¡Joder! Creo que es la primera vez que me insinúo descaradamente a alguien y encima me dice que no. Me da vergüenza hasta de ver la cara que pondrá cuando me levante de la cama. Lo ha disfrazado bien con eso de que no se aprovecha nunca de una mujer con alguna copa de más, pero lo cierto es que me ha rechazado. Eso es lo que importa. Me miro al espejo y el reflejo me devuelve unas horribles ojeras, mi pelo totalmente despeinado. ¿Cómo puedo competir con las bellezas que suele traer a nuestra casa?

Mierda, ¿en serio me empiezo a colgar de una mujer? Lo de Andrés me ha dado demasiado fuerte, esto no puede estar pasando. Y, en cambio, ahí están de nuevo esos sentimientos, aflorando con la fuerza de un vendaval. Cada vez que pienso en Claudia mi corazón se acelera y, últimamente, siento un cosquilleo que no debería sentir. Ya no es solo cariño ni admiración por su manera de ser, creo que comienza a ser algo más profundo y no sé cómo manejarlo.

Arrastro los pies hasta la cocina y no hay ni rastro de mi compañera de piso. “*He tenido que salir. Hay zumo de naranja recién hecho en la nevera*” indica una solitaria nota sobre la mesa. Quizá sea mejor así, puede que solamente esté un poco confusa y algo de tiempo a solas y un café me ayuden a aclarar las ideas.

El sonido de la llave en la cerradura consigue que mi corazón se estremezca. Escucho sus pasos, observo su preciosa sonrisa y mi cuerpo no sabe cómo reaccionar, solamente me levanto y avanzo unos pasos para recibirla.

—Marta—exclama acercándose a mí.

Jamás escuchar mi nombre me ha parecido tan bonito. Me pierdo en sus enormes ojos verdes sin saber qué decir, con las manos sudorosas por los nervios, sin conseguir que una sola palabra salga de mi garganta, incapaz expresar lo que siento.

—Te debo un beso desde ayer, si es que aún lo deseas—susurra, acercándose a mí y colocando su frente sobre la mía.

Tiemblo. De pronto, preciso besarla más que el mismo aire que respiro, mis pulmones se afanan por respirar y, cuando coloca sus manos a ambos lados de mi cara y su nariz roza la mía, creo que voy a morir anticipando ese ansiado beso.

Se me escapa un suspiro al sentir sus labios sobre los míos. Claudia me deja explorar con calma, sentir la suavidad de su boca mientras presiona mi cuerpo ligeramente contra la pared. Cierro los ojos sin poder evitar un ligero gemido en el momento en que la punta de su lengua se encuentra con la mía. Llevando mis manos a su nuca, me abrazo a ella como si no quisiese separarme jamás, queriendo que ni siquiera el tiempo pueda romper este mágico instante.

—Debí haber hecho esto hace tiempo, pero no sabía si querías estar conmigo—susurra mientras recorre mi cuello con pequeños besos y su muslo se cuele entre mis piernas.

—Joder, llevo toda la mañana pensando en que me volverías a rechazar—confieso entre suspiros.

—Ya sabes el motivo por el que ha sido, no por falta de ganas—concede besándome detrás del lóbulo de la oreja y empujándome contra la pared.

Un nuevo beso borra por completo cualquier atisbo de duda que pudiera persistir y sentir el roce de sus pechos sobre los míos o escuchar su respiración acelerada mientras nos

besamos me transporta al paraíso.

Ya en el dormitorio, Claudia me coge por la cintura y me acerca a su cuerpo, cierro los ojos sintiendo su calor, rodeando su cuello con mis brazos antes de volver a besarla.

—Eres preciosa—susurra apoyando su frente en la mía.

Solamente entono los ojos y dejo escapar un suspiro antes de volver a lanzarme a por su boca. En una décima de segundo, borramos de un plumazo la poca distancia que nos separa y caemos sobre la cama, su cuerpo sobre el mío, mientras sus suaves labios me recorren el cuello con pericia acelerando mi corazón como si fuese una adolescente ante su primer beso.

Mis manos recorren su espalda, aprovechando para tirar hacia arriba de su camiseta mientras ella se desabrocha los pantalones, dejando el espacio justo para colar las manos y clavar mis uñas en sus perfectas nalgas.

Con prisa, nos vamos deshaciendo de la ropa hasta quedar completamente desnudas y durante unos segundos no puedo evitar observar su cuerpo, mordiendo mi labio inferior con deseo; es sencillamente espectacular. Claudia se tumba sobre mí, rozando sus pezones endurecidos con los míos, haciéndome enloquecer con la calidez de su suave piel.

Enraizando mis manos en su melena, dejo escapar pequeños suspiros al sentir su lengua jugar con mis pezones, suspiros que pasan a jadeos cuando sus labios muerden mi areola logrando que me estremezca de placer.

—Date la vuelta—susurra en la voz más sensual que recuerdo.

Obedezco sin rechistar, quedando boca abajo sobre el colchón y sintiendo su peso sobre mi cuerpo. Frota su sexo en mis nalgas, sus gemidos apagándose en mi cuello mientras lo lame con la punta de la lengua. Mueve las caderas buscando un mayor contacto, suspirando, gimiendo junto a mi oído, haciéndome enloquecer de deseo, excitándome tanto que tengo que deslizar la mano derecha por debajo de mi cintura para acariciarme el clítoris.

De pronto se detiene y se incorpora ligeramente. Suaves besos cubren mis hombros bajando por la espalda. La punta de su lengua recorre mi coxis mientras sus dedos se deslizan por mi culo con la sutileza de una pluma. Si existe un paraíso, debe ser algo parecido a esto, de eso estoy segura. Me está volviendo loca, toca mi cuerpo como si fuese un instrumento musical. Cada pequeño roce, cada suave beso me eleva a un nirvana de placer, saturando mis sentidos y aún ni siquiera ha llegado a mi sexo. Andrés, en el mejor de sus días, no hubiese conseguido ni acercarse mínimamente.

Sus labios avanzan por la parte de atrás de mis piernas, suaves besos desde los gemelos hasta la parte posterior de la rodilla, suspirando de deseo al sentir la punta de su lengua sobre la delicada piel de esa zona. Nuevos besos en la parte trasera de los muslos para volver a mis nalgas. Pequeños gemidos apagados sobre la almohada mientras su boca busca mi sexo, saboreando su excitación.

Creo morir de deseo al sentir dos de sus dedos penetrarme con una lentitud embriagadora. Tiemblo, muevo las caderas, suspiro, gimo al tiempo que Claudia dibuja pequeños círculos en mi interior. Me está volviendo loca, muerdo la almohada para reprimir las ganas de gritar, contrayendo mi abdomen al sentir cómo se forma un orgasmo en mi interior que dejo escapar en una explosión de placer.

Con un pequeño grito, me dejo caer sobre el colchón, relajada, con mis pulmones buscando aire, mientras Claudia acaricia mi espalda y la cubre de besos de manera sublime. No sé si es consciente de ello, pero en cada caricia pone toda su alma.

—Creo que te toca—afirmo una vez he recuperado la respiración.

Claudia se tumba boca arriba, abriendo instintivamente sus piernas, su pecho hinchándose con cada profunda respiración, anticipando el placer que espera recibir, aunque yo no tenga tan claro si podré estar a la altura.

Tomo su mano, elevando ligeramente su brazo izquierdo y acaricio con suavidad la parte interna, subiendo lentamente desde la muñeca hasta la axila, arrancando de su boca ligeros suspiros. Sentada sobre su cintura, deslizo mis manos entre sus pechos, dibujando suaves círculos en su contorno, vadeando los pezones sin tocarlos, explorando.

Los pequeños suspiros de hace un instante comienzan a hacerse más evidentes, eleva las caderas levantando mi cuerpo, buscando un mayor placer. Claudia levanta los brazos, echándolos hacia atrás por encima de su cabeza al sentir mis dedos acariciar sus duros pezones, pequeños gemidos cuando mi lengua recorre su areola jugando con ellos.

Me voy dejando caer por su cuerpo, cubriendo de besos su ombligo, haciendo que contraiga el abdomen de placer al sentir mis labios en su pubis, arrancando gemidos al lamer su vulva. Dejándome llevar por el instinto, la recorro de abajo a arriba hasta llegar a su clítoris, manteniendo el contacto visual para observar la reacción de su cuerpo mientras lo chupo o soplo sobre él. Claudia gime, jadea, suspira, sus piernas comienzan a temblar, grita con fuerza antes de dejarse caer sobre la cama entre pequeños espasmos de placer.

Observo su cuerpo y está tan bella después de tener un orgasmo que daría cualquier cosa por mantener esa imagen para siempre en mi memoria. Tumbándome junto a ella, nos miramos sin decir nada, ni una sola palabra, tan solo una sonrisa boba se escapa de mis labios mientras pienso en la maravillosa experiencia que acabo de tener. Con cada una de sus caricias, mi cuerpo temblaba, ardía bajo sus manos.

Sobre su piel desnuda, soy la persona más feliz del mundo. Tan solo quiero besarla, gritar, bailar desnudas por la casa en penumbras, morir de amor junto a ella. Si me llegan a jurar hace tan solo unos días que esto iba a pasar, no me lo hubiese creído. En cambio, ahora, estoy dispuesta a intentarlo con Claudia con todas mis fuerzas, sé que será muy diferente, ella nunca me hará daño.

Capítulo 16

CLAUDIA

Suaves besos recorren mi espalda desnuda al tiempo que una cálida mano se desliza por mi costado, poniéndome la piel de gallina. Nunca hubiese imaginado que el sexo con Marta iba a ser tan bueno, ni que me plantearía de nuevo una relación duradera.

Mientras recorre con la punta de sus dedos mi columna vertebral, bajando hasta mi coxis, empiezo a esbozar un futuro juntas. Yo que tenía pánico a adentrarme en una relación, ahora estoy más que dispuesta a intentarlo. Joder, jamás pensé que iba a ser tan fácil convencerme.

Marta rodea mi cintura con su brazo derecho. Apartando mi melena, me propina un mordisco en la nuca que me hace estremecer mientras frota sus pezones endurecidos en mi espalda. Mierda, si me va a despertar así cada día, no tengo problemas para seguir adelante con ella.

Se me escapa un fuerte suspiro al sentir su mano colarse entre mis piernas, explorando con ternura mi deseo y haciéndome temblar de placer. Su pie acaricia mis tobillos, pequeños gemidos comienzan a escaparse de su boca y se apagan en mi cuello cuando...

El timbre de la puerta nos expulsa del paraíso devolviéndonos a la realidad.

—¿Esperamos a alguien?—pregunta Marta extrañada.

—Se habrá equivocado—respondo mientras me doy la vuelta y me coloco sobre ella cubriendo su cuerpo desnudo con el mío.

El roce de su cálida piel me vuelve loca de deseo, cabalgo sobre su muslo, dejando un reguero de humedad al tiempo que muevo las caderas para sentir un mayor contacto en mi sexo, cuando quien sea que esté llamando a la puerta no cesa en su empeño.

—¡Me cago en la puta, joder!—me quejo dejándome caer sobre la cama y llevándome las manos a la cabeza con desesperación.

—Voy a ver quién es—anuncia Marta comenzando a ponerse algo de ropa para abrir la puerta.

Intento retenerla tirando de su mano, le aseguro que, quien sea que esté en la puerta, se cansará y se marchará en unos minutos, pero ella insiste en que es mejor abrir. A cabezota no la gana nadie.

—¿Qué quieres?—escucho preguntar a Marta en tono seco.

—Debo hablar contigo, por favor. Te debo una disculpa—dice una voz de hombre helándome la sangre.

Me levanto de la cama como un resorte. Joder, no me puedo creer que el imbécil de su exnovio haya tenido narices para presentarse en nuestra casa después de todo lo que le ha hecho a Marta. Corro hasta la puerta de entrada, vestida con la primera camiseta vieja que encuentro y unos pantalones de chándal, sintiendo el frío del suelo bajo mis pies y más que dispuesta a cruzarle la cara.

—No pasa nada, Claudia, yo me ocupo—me asegura Marta haciendo un gesto con la mano para que no me acerque más.

Permanezco inmóvil donde estoy, en medio del salón, mientras escucho su conversación sin poder comprender lo que está ocurriendo. El muy cabrón le pide perdón, le dice que

solamente está pasando una mala racha, que ha empezado a ir al psicólogo y que si le da una segunda oportunidad, las cosas volverán a ser como antes.

Petrificada, escucho sus estúpidas explicaciones, esperando que Marta le dé con la puerta en las narices, incapaz de entender por qué sigue escuchando sus mentiras después del daño que le ha hecho. El cretino le asegura que la sigue queriendo como el primer día, finge estar desesperado, como si se fuese a poner a llorar en cualquier momento, mientras le jura que se irá a vivir con Marta mañana mismo si ella quiere. Demasiadas mentiras.

Se lamenta por haber sido un idiota, por no haberse dado cuenta de que Marta era la mujer de su vida. Insiste en que quiere volver, afirma que nunca más volverá a ocurrir mientras coge la mano de Marta entre las suyas y a mí me parte el corazón en mil pedazos cuando ella acepta ir juntos a tomar algo.

Al escuchar la puerta de la casa cerrarse, caigo de rodillas sobre el suelo del salón. Destrozada, sollozando, incapaz de comprender lo que ha pasado. Marta había conseguido que le abriera el corazón, estaba dispuesta a volver a entregarme al amor y ahora...

Sé que solamente estábamos comenzando, soy consciente de que apenas teníamos una relación de unas horas, pero había puesto tantas esperanzas en ella. Joder, estaba mucho mejor refugiada en el sexo, con una muralla alrededor de mi corazón para que nadie pudiese volver a dañarlo. Las parejas esporádicas no me daban ningún problema, tan solo placer. Decido bajar las barreras, permito a Marta llegar a lo más profundo de mi alma, y no dura ni veinticuatro horas, en menos de un día aparece el imbécil de su exnovio y la muy idiota se va con él.

Mierda, quién me manda a mí confiar en las personas, cómo se me ocurre enamorarme. Es mucho más fácil tener sexo sin ningún tipo de vínculo ni ataduras, buscar solamente el placer, al menos, no te rompen el corazón. En el fondo, quizá no podía esperar otra cosa de Marta. Quise ver en ella cualidades que no tiene. Puede que nunca le haya gustado de verdad, que simplemente tuviese curiosidad, que fuese un plan B mientras encontraba a otra pareja. Y no ha dudado en volver con su ex a la primera palabra bonita que le ha dicho.

¡Zorra! No le deseo ningún mal, pero se está equivocando. Le volverá a pasar lo mismo o peor. Si se cree que su exnovio ha cambiado de la noche a la mañana, está muy equivocada. Las personas no cambian por arte de magia, no en tan poco tiempo. Volverá a hacerle daño, volverá a romperle el corazón en mil pedazos, pero esa vez yo no estaré aquí para recomponerlo, porque de momento tendré que reparar el mío.

Llena de rabia, recojo las pocas cosas que tengo en el armario y abandono la casa sin dejar ni siquiera una nota. Solo los billetes para pagar la renta del siguiente mes permanecen como testigo sobre la mesa.

Lo mejor es que siga con mi vida y me separe todo lo que pueda de Marta. No comprendo cómo he podido ser tan idiota, mi impresión inicial de que era solo una niña pija e inmadura cegada por el dinero de su novio era la correcta. Por mí, ya puede volver con su ex y repetir otra vez la misma historia, esta vez le tocará a su amiga Olga escuchar sus llantos, porque yo no estaré ahí para verlo.

MARTA

Abro con pereza los ojos y me encuentro con el cuerpo desnudo de Claudia a mi lado. Por momentos, temí que hubiese sido un sueño. He pasado un día maravilloso junto a ella, el primero de muchos que vendrán a continuación. Jamás pensé que mi futuro estaría al lado de una mujer, nunca antes me había sentido atraída por ninguna. En cambio, junto a Claudia, me he sentido especial, querida, protegida. Una sensación extraña en la que deseas que ni siquiera el sueño te separe temporalmente de la persona a quien amas. Y el sexo con

ella...El sexo con Claudia no es de este mundo.

Pegándome a ella, cubro de pequeños besos su espalda desnuda al tiempo que deslizo la mano derecha por su costado observando cómo se le erizan los pelos de la nuca. Mientras recorro su columna vertebral con la punta de los dedos, mi mente comienza a imaginar un futuro a su lado, un futuro feliz en el que no nos separaremos jamás.

Apartando su melena, muerdo traviesa su nuca, frotando mis pezones endurecidos sobre la suave piel de su espalda, temblando de deseo. Ojalá poder despertarme cada día junto a ella, a partir de ahora será un esfuerzo no llegar tarde al trabajo.

Claudia suspira al sentir mi mano colarse entre sus piernas, gime cuando mis dedos exploran la humedad de su sexo mientras mi pie derecho acaricia los suyos.

¡Mierda! El timbre de la puerta rompe un momento mágico justo cuando mis dedos se colaban en su interior.

—¿Esperamos a alguien?—pregunto extrañada.

Claudia niega con la cabeza y simplemente contesta que se habrán equivocado mientras se incorpora colocándose sobre mi cuerpo desnudo. Cabalga sobre mi muslo, presionando el suyo sobre mi sexo, volviéndome loca de deseo cuando el timbre de la puerta vuelve a sonar.

—Voy a ver quién es—anuncio comenzando a ponerme algo de ropa para abrir la puerta en vista de que ella permanece tirada sobre la cama maldiciendo e intentando retenerme.

¡Joder! Me hierve la sangre al abrir la puerta y ver frente a mí a Andrés ofreciéndome un ramo de rosas. Estoy a punto de tirárselo a la cara cuando Claudia llega corriendo y le dedica una mirada de odio que podría fulminarle en el momento.

—No pasa nada, Claudia, yo me ocupo—le aseguro, haciendo un gesto con la mano para que no se acerque más. La empiezo a conocer y sé que es muy capaz de pegarle un tortazo.

El muy cretino se disculpa una y otra vez, asegurándome que solamente ha sido una mala racha, prometiéndome que nunca más volverá a ocurrir, jurándome que todo volverá a ser como antes. Pone ojos de cachorrito abandonado esperando darme lástima sin saber que jamás volveré con él, Claudia me ha abierto los ojos a un mundo nuevo, un mundo en el que él no tiene cabida.

Insiste e insiste, fingiendo estar desesperado, lamentándose de que no podrá vivir sin mí, asegurando que se mudará a vivir conmigo mañana mismo si es lo que quiero. Por el raballo del ojo, observo a Claudia petrificada en el medio del salón, sus puños cerrados de rabia, su pecho hinchándose con cada profunda respiración.

No puedo meterlo en casa y tampoco puede seguir suplicando en medio de la escalera para que nos vea cualquier vecino, así que, a regañadientes, acepto su invitación de ir a tomar algo. En cualquier caso, quiero dejarle bien claro que jamás volveré a su lado, que esta vez me ha perdido para siempre, pero prefiero hacerlo como personas civilizadas y no como hizo él hace unos días.

Nuestra conversación no dura demasiado. Insiste, ruega, suplica casi con lágrimas en los ojos, pero tengo claro que no cederé. Tan solo quiero volver a casa cuando antes para estar junto a Claudia, pero, cuando por fin lo consigo, ella ya no está.

Ni una mísera nota, ni un mensaje en el móvil, ni rastro de sus cosas. Solamente unos billetes arrugados sobre la mesa del salón con el importe exacto de la renta del mes son testigos de que ha vivido aquí.

Capítulo 17

MARTA

Trato de no parecer muy desesperada y solo llamo a Claudia unas quince veces esa tarde. Cada tono de llamada sin responder perfora mi corazón, cortándolo en dolorosos pedazos. Mi reacción inicial es de desconcierto. Con los nervios no comprendo lo que le ha podido pasar, aunque pronto entiendo que quizá Claudia sienta por mí lo mismo que yo por ella y pudo haber malinterpretado que yo me marchase con Andrés.

¡Qué mierda! ¡Joder! He sido una idiota. Simplemente quería dejar las cosas con mi ex de una vez por todas. Ni loca volvería con ese imbécil, lo que quiero es empezar una relación con Claudia y en cambio, ahora...

Intento dejar pasar el tiempo con la vana esperanza de que abra de pronto la puerta y regrese a casa. Cada ruido en la escalera hace temblar a mi corazón pensando en que pueda ser ella, pero la tarde pasa y no hay ni rastro de su presencia.

El atardecer va tiñendo la luz que entra por las ventanas de un precioso color anaranjado que pronto deja paso a la oscuridad. Mientras tanto, yo sigo sentada en el mismo lugar, abrazando mis rodillas, entornando los ojos hacia el cielo como si me pudiese ofrecer una solución, sin molestarme en limpiar las lágrimas que brotan de mis ojos.

Ya sin más lágrimas con las que llorar, empiezo a quedarme dormida, maldiciendo la cobardía de no haberle confesado abiertamente a Claudia lo que sentía por ella, odiando más aún a Andrés, si es que eso es posible, por presentarse en mi casa.

Quizá ese es mi sino con el amor, puede que no esté destinada a encontrar a mi alma gemela. Primero acabo engañada durante seis largos años por Andrés, como una auténtica estúpida y ahora...ahora he sido tan torpe que he dejado escapar a Claudia antes incluso de iniciar una relación.

Necesito hablar con ella, preciso saber lo que siente. Debo explicarle que entre Andrés y yo solo quedan las cenizas de una relación que jamás debió existir. Mierda, Claudia, solamente pensar en su nombre me hace estremecer, ¿cómo he podido ser tan idiota?

La luz del amanecer me encuentra dormida sobre el sofá del salón, todavía vestida con la misma ropa del día anterior. Un dolor de cuello insoportable me atenaza, giro la cabeza lentamente, busco alivio, aunque lo único que consigo es reavivar un nuevo dolor al recordar a Claudia, de diferente naturaleza, pero más cruel.

Cierro los puños y golpeo con rabia el asiento del sofá una y otra vez al percatarme de que la casa sigue vacía. Camino arrastrando los pies hasta el baño para darme una ducha mientras hago tiempo antes de llamarla una vez más. Pensará que estoy loca, pero ya no me importa. La casa sin Claudia parece un páramo inerte, le falta vida, la necesito a mi lado.

Las gotas de agua caliente golpean con fuerza mis hombros, proporcionando algo de alivio sobre mis cervicales, mientras mi mente busca sin éxito una solución para recuperar a Claudia. Salgo desnuda del baño, sin preocuparme ni siquiera en secarme con una toalla, y busco con desesperación el teléfono para llamarla de nuevo.

Nada, otra vez el mismo mensaje, *“el teléfono está apagado o fuera de cobertura”*. Debe estar muy decepcionada conmigo para evitarme de este modo. Mi pierna derecha tiembla descontrolada, me voy rompiendo por dentro mientras me debato entre lo que debo hacer.

Es lunes y he de volver al trabajo, pero sé que tengo que encontrar alguna solución, no puedo soportarlo más.

En un desesperado intento, hago una rápida llamada a la empresa donde trabajo. Miento diciendo que no me encuentro bien, me disculpo asegurándoles que es algo pasajero, que estaré allí mañana sin falta y salgo a toda prisa hacia la facultad con la esperanza de encontrarme a Claudia y declararle lo que siento por ella.

Ni corta ni perezosa, me planto frente a la facultad de económicas, donde Claudia debe acudir a sus clases, observando cómo infinidad de universitarios pasan a mi lado sin verme, como si fuese algún tipo de ornamento que forma parte del campus. Busco con la mirada su cara, su pelo, su cuerpo, cualquier pista que me indique que es ella, pero los minutos pasan y no hay ni rastro.

Se me forma un nudo en el estómago cuando, por fin, consigo verla en la lejanía. Viene acompañada de la impresionante rubia que se quedó a dormir en nuestra casa que acaricia su brazo y besa su mejilla empezando a ponerme muy nerviosa.

El corazón late tan fuerte que parece que se me quiere salir del pecho, abro la boca para gritar su nombre, pero Claudia se percata de que la estoy esperando y, con un rápido giro, tuerce a la derecha para entrar por la cafetería de la facultad.

¡Mierda, la cafetería! No me había dado cuenta de que podía acceder al edificio por ahí. Con desesperación, doy una patada a una gran maceta, con lo que solo consigo hacerme daño en el pie y atraer la mirada de varios estudiantes que me observan como si me hubiese vuelto loca.

Con la respiración agitada, dejo escapar un fuerte bufido ponderando en mi mente si debo llevar a cabo mi plan B, una medida desesperada que si sale mal conseguirá que Claudia no me vuelva a hablar nunca más en la vida.

Sin nada que perder, me dirijo a la secretaría del campus y les explico que soy la hermana de Claudia, que debo hablar con ella por una urgencia familiar y que ni siquiera sé en qué clase se encuentra. Una amable señora de unos sesenta años y pelo cano me asegura que, por mi cara de angustia, se da cuenta de que es una situación muy grave, ofreciéndose ella misma a buscar a Claudia en la clase de contabilidad de costes que, al parecer, es la asignatura que está cursando a esta hora.

La espera se me hace eterna, el tiempo se ha vuelto perezoso y se niega a avanzar hasta que mi corazón se salta varios latidos al ver a lo lejos la silueta de Claudia acompañada de la señora de pelo canoso.

Avanza con preocupación en el rostro y, cuando me divisa, se detiene un instante, como dudando si darse la vuelta o pegarme un puñetazo en la nariz. Menos mal que la amable señora que la acompaña tira de su brazo y la lleva hasta mí, asegurándole que, sea lo que sea, todo se arreglará.

—¿Qué coño haces aquí?—pregunta Claudia enfadada una vez que salimos del edificio de económicas.

—Debo hablar contigo—admito con un hilo de voz y los ojos humedecidos.

—¿Para qué? ¿Para decirme que has vuelto con el idiota de tu novio? ¡Vete a la mierda, Marta! ¡Eres una gilipollas!—espeta agitada dándose la vuelta y entrando de nuevo por la zona de la cafetería, que se encuentra junto a la puerta principal del edificio.

Por unos instantes, me quedo petrificada, mi cuerpo incapaz de reaccionar, un torrente de emociones recorriendo mi mente a la velocidad de la luz, sin poder decidir lo que debo hacer. Su silueta empieza a perderse entre el resto de los estudiantes, dejando un vacío en

mi interior que no soy capaz de manejar. Me asalta el miedo de perderla para siempre, mis manos tiemblan y la adrenalina se apodera de mí.

—¡Claudia Marcos!—grito corriendo tras ella y tirando la bandeja de una pobre chica que me mira aterrada—¡Te quiero!

La cafetería de la facultad se ha quedado en silencio. Me siento fuera de lugar, con todas las miradas clavadas en mí mientras comienzo a hacerme pequeña al percatarme de lo que acabo de hacer. Claudia se da la vuelta y me observa con los ojos como platos. Daría lo que fuera por estar en su cabeza, por saber lo que está pensando en estos momentos.

Se acerca a grandes zancadas, con el rostro indescifrable, sus preciosos ojos verdes penetrándome hasta que se detiene a medio metro escaso de mí.

—¡Eres una idiota, Marta!—exclama antes de atraerme hacia su cuerpo con las manos en mis caderas y besarme.

Creo morir cuando siento sus suaves labios rozando los míos. Pienso que moriré doblemente al observar a la mitad de los estudiantes ponerse en pie y aplaudir divertidos, diciendo tonterías mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas descontroladas.

—Te juro que solo he ido con él para decirle que se había acabado, por favor, no estés enfadada conmigo—balbuceo separándome un momento para coger aire.

Claudia levanta mi barbilla entre sus dedos índice y pulgar y un nuevo beso es todo lo que recibo por respuesta. Esta vez ya no escucho los aplausos ni los comentarios, todo ha desaparecido, tan solo estamos Claudia y yo en un beso que parece no tener fin y que me lleva directamente al paraíso.

—¡Joder! ¡Qué vergüenza!—susurro junto a su oído en cuanto me doy cuenta de que todo el mundo nos mira.

—Ha sido súper tierno—me asegura Claudia, cogiendo mi mano y llevándome hasta nuestra casa donde nos perdemos en una tarde de amor y sexo interminable.

Epílogo

MARTA

El corazón se me dispara al ver salir a Claudia desnuda de la ducha. Hay veces que un estúpido malentendido puede llevar al traste tu futuro. Otras veces, luchas por una relación cuando el amor de tu vida está delante de tus narices y ni siquiera de das cuenta.

He sido una imbécil al no percatarme de que los seis años junto a Andrés no habían sido más que un engaño, pero sin ellos no habría llegado hasta Claudia. Llámalo Karma, llámalo destino o casualidad. Puedes darle el nombre que quieras, pero lo cierto es que, de la manera más tonta, con aquella operación de seguimiento a mi ex, he terminado junto al amor de mi vida.

Han pasado ya tres años y bendigo cada día que estamos juntas. Jamás he sido tan feliz, nunca nadie me había entendido como ella. A su lado me siento especial, querida, segura, cada instante es una celebración. Nada que ver con los seis años que pasé con el cretino de Andrés.

Un vínculo invisible nos une como si hubiésemos nacido para estar juntas y Claudia llena mis días de alegría, amor y felicidad. La amo en su totalidad, incluyendo sus rincones más oscuros o dolorosos. Confiamos la una en la otra sin límites ni barreras. A su lado ya no hay celos, tan solo cariño. Y el sexo con Claudia...el sexo con Claudia sigue sin pertenecer a este mundo.

Otros libros de la autora

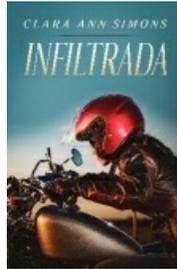
Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi [blog](#) o en mi [página de Amazon](#).

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes:

"Infiltrada" y "El asesino del almirante" Volúmenes independientes con la misma protagonista.

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B09673JCCN> y <https://relinks.me/B097TJHWP4>

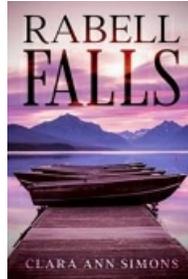
Versión en papel <https://relinks.me/B095Q9PDF1> y <https://relinks.me/B097X7FV2V>



"Rabell Falls"

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B08WC52BCD>

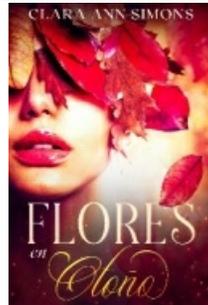
Versión en papel <https://relinks.me/B08WJTTP77>



"Flores en otoño"

Versión Kindle y Kindle unlimited <https://relinks.me/B0917KWSF7>

Versión en papel <https://relinks.me/B0915M7SHV>



"Lágrimas por Paula"

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B08Y5HTWVZ>

Versión en papel <https://relinks.me/B08Y49YZH7>



"Alias Candy" Escrito a cuatro manos con Mónica Benítez

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B08MXV7BHR>

Versión en papel <https://relinks.me/B08N5TNWYF>



"Alias Lebrón" Segunda parte de Alias Candy. Escrito a cuatro manos con Mónica Benítez

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B08TB2YRNY>

Versión en papel <https://relinks.me/B08T7XK4W2>



¿Ya los has leído? ¿Prefieres otro tipo de libros? Pásate por mi blog para ver la lista actualizada: <https://www.clarasimons.com/2020/04/enlaces-mis-libros.html>